

MPRESA
C.1

1084543

10/NOV/08
053

18/NOV/06
JVR

ANTIGONA—HUMOR
(COMEDIA EN DOS ACTOS)

JEMINARIO MUL. DISCIPLINARIA,
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

"Antigona-Humor" fue transmitida por la Radio-Televisión Belga, en adaptación francesa de Henri Prémont, y en grabación de los estudios de Radio Hainaut, en Mons, Bélgica el 7 de febrero de 1965, a las 6 de la tarde, con el siguiente reparto:

Enrique : Max Deveaux

Ingrid : Juliette Decan

Pepe : Robert Delieu

Miguelito : Suzy Gerard

bajo la dirección de Fernand Derval

En Santo Domingo, República Dominicana, y bajo la dirección de su autor, fue estrenada el 14 de septiembre de 1968, en el Teatro del Palacio de Bellas Artes, con el siguiente reparto:

Enrique : Luis José Germán

Ingrid : Monina Solá

Pepe : Rubén Echavarría

Miguelito : Frank Nery Domínguez

Escenografía: Luis Acevedo. Luminotécnia: Angel Méndez. Musicalización: Ramón Ascencio Andújar. Traspunte: Víctor Fajols.

PRIMER ACTO

LA ACCION DE LA OBRA TIENE LUGAR EN EL ATICO DE LA RESIDENCIA DE UNA PAREJA MATRIMONIAL, DURANTE UNA TARDE Y UNA NOCHE DE UN DIA CUALQUIERA. ANTES DE LEVANTARSE EL TELON SE ESCUCHARA MUSICA MODERNA MOVIDA QUE LUEGO DISMINUIRA.

AL LEVANTARSE EL TELON, ENRIQUE SE ENCUENTRA SENTADO EN SU ESCRITORIO, ESCRIBIENDO ALGUNAS NOTAS DE UN DISCURSO QUE PREPARA. PONE UN PUNTO, MIRA EL PAPEL, SE LEVANTA Y SE PASEA REPITIENDO MENTALMENTE SU DISCURSO Y MOVIENDO SU MANO CON ENFASIS Y COMPLACENCIA PROPIAS DE UN INICIADO. SE DETIENE EN MEDIO DE LA ESCENA, SE VUELVE AL ESCRITORIO. TOMA LA PLUMA Y TACHA ALGO PARA DESPUES AGREGAR NUEVAS LINEAS QUE MURMURA. SATISFECHO, VUELVE A MOVERSE EN LA ESCENA, AHORA REPITIENDO EN VOZ ALTA LO QUE HA ESCRITO

ENRIQUE: Repito, y poco de repeticiones, por lo cual pido excusas al distinguido auditorio, que considero un inmerecido honor el haber sido elegido Presidente de la Sociedad Pro Bienestar y Armonía de la Familia. Un honor, digo, porque entre mis compañeros en las refidas elecciones celebradas recientemente, figuraron padres dignos, consagrados esposos, nobles hijos y... (SE INTERRUMPE, VUELVE AL ESCRITORIO Y ESCRIBE EN VOZ BAJA, PARA LUEGO REPETIR LAS ULTIMAS LINEAS Y LA NUEVA QUE HA ESCRITO) ...padres dignos, consagrados esposos, nobles hijos... y honorables ciudadanos que, de seguro, merecen más que yo tan elevado honor. Pero, no obstante... consciente de la responsabilidad... (SE INTERRUMPE Y AGREGA ALGO)... de la enorme responsabilidad que este cargo conlleva, prometo y juro

ante esta asamblea, corresponder con mi mejor voluntad, mi mayor esfuerzo y mi más entusiasta actividad al cumplimiento de todas sus obligaciones, a fin de asegurar y afianzar la elevación del concepto social, moral y religioso de nuestra familia. ¡Señores!... ¡Señores! (SE INTERRUMPE NUEVAMENTE, MIRA SU RELOJ Y EXCLAMA LLENO DE PREOCUPACION AL MISMO TIEMPO QUE SE DIRIGE AL TELEFONO) ¡Oh, se me había olvidado llamar a mamá! (LLAMA POR TELEFONO Y LUEGO HABLA AL RECIBIR CONTESTACION) ¿Mamá? ¡Ah, es Enrique! ¡Enrique, mamá! ¿Estás sorda? ¡Sí, sí, estoy bien! Pero, mamá, si apenas hace media hora que hablé contigo, ¿qué de malo puede haberme ocurrido en media hora? Bien, bien, me retrasé unos minutos, pero todavía es tiempo de que te tomes tus pastillas, de acuerdo con las prescripciones médicas. ¡Vamos, toma tus pastillas. ¡Ya sabes que el médico quiere que las tomes y me comprometí a llamarte cada vez que tuvieras que tomarlas! ¡Bien, bien, así se hace! (ESCUCHA Y SUSPIRA PACIENTEMENTE) Ah, mamá, no me vuelvas a hablar de eso. ¡Vamos, no quiero escucharte! ¡Te digo que no! Pero, mamá, ¿hasta cuándo vas a seguir insistiendo? Llevo diez años casado con Ingrid y no voy a separarme de ella. ¡Y sabes por qué? Porque la amo con locura y no tengo motivos para divorciarme. Así, deja a un lado tus nefastos consejos y ve a tomar tus pastillas de acuerdo con lo recomendado por el médico. (ESCUCHA Y SUSPIRA, CONTENIENDOSE) ¡Mamá, es hora de tomarte tus pastillas y no me hables más de divorcio! (PAUSA) ¿En mi casa? (MIRA A SU ALREDEDOR Y CONTEMPLA TODO CON FASTIDIO) Todo marcha a las mil maravillas en mi casa. Ahora mismo estoy escribiendo un discurso en el jardín. ¡Sí, en el jardín! Ingrid me prepara un highball y me ha puesto un abanico para que no sienta el calor. ¡Imagínate, un abanico en nuestro jardín que es todo un ventarrón! Además, le ha prohibido al servicio que lave un vaso mientras yo esté escribiendo, a fin de que no me moleste el mínimo ruido. (SE ESCUCHA MUSICA DE ROCK AND ROLL) ¿Cómo dices, mamá? ¡Oh, no! Esa música viene de casa de los vecinos, que hoy celebran el cumpleaños de la nena. (TAPA EL TELEFONO Y GRITA HACIA LA PUERTA) ¡Cállate, Pepe! ¿No puedes bajar esa música? (VUELVE AL TELEFONO, CASI GRITANDO) ¿Cómo dices, mamá? ¡No te oigo! (LA MU-

SICA BAJA Y ENRIQUE RESPIRA) Bueno, mamá, ¡basta ya! Soy feliz con mi mujer y no voy a permitir que trates de sembrar cizañas entre nosotros. ¡Toma tus pastillas y déjame en paz! (CUELGA EL TELEFONO, LLEVANDO LAS MANOS A SU ROSTRO, IRRITADO) ¡Hogar, dulce hogar!

(INGRID ENTRA EN ESCENA, COMO UN RAYO, Y ENFRENTA A SU MARIDO, TODA NERVIOS. ES UNA HERMOSA MUJER, CON NOTABLES RASGOS DE JUVENTUD, TEMPERAMENTAL Y TEATRAL, COMO TODAS LAS ACTRICES FAMOSAS)

INGRID: Querido, la criada me acaba de decir que has mudado todas tus cosas al ático y sólo porque lo veo lo creo. ¿Qué sucede? ¿por qué has traído tu escritorio aquí? ¿Y el sillón? ¿Y la lámpara?

ENRIQUE: (pacientísimo): Y también el teléfono, querida.

INGRID: ¿Puedes explicar por qué te has "elevado" hasta aquí?

ENRIQUE: Pues, nada. Consideré que el ático era un sitio ideal, tranquilo, para escribir mi discurso de toma de posesión y vine aquí.

INGRID: No te creo, Enrique, Perdóname, pero no te creo. ¿Por qué no escribir tu discurso en la sala, en tu habitación, en el cuarto de música o en el jardín? Allí has escrito otras veces.

ENRIQUE: Querida, ¿no es ésta mi casa?

INGRID: Sí que lo es.

ENRIQUE (irritado): ¿Entonces, querida, no puedo yo hacer lo que me venga en ganas?

INGRID (sorprendida): ¡Querido! ¡Esa no es la forma de hablar de un señor que va a tomar posesión como Presidente de la Sociedad Pro Bienestar y Armonía de la Familia!

ENRIQUE: ¡Válgame Dios! ¿Ahora me sales con eso? Te aseguro, querida, que voy a tomar posesión de la presidencia de esa Sociedad sólo porque las votaciones a mi favor fueron tan aplastantes que no encontré modo de negarme a aceptarla, pero, desde ahora, te advierto que no abuses de mi cargo para tomarlo como caballo de combate. Estamos

en pleno siglo XX donde se respeta la libertad de pensamientos, de ideas, de acción; por lo tanto, quiero sentirme y saberme un hombre libre, con derecho a gritar, a enojarse, a pleitear y hasta a ... reconciliarse en su casa. ¡Así, que no me menciones ese cargo como medio de defensa contra mis alegatos!

INGRID: Está bien, pero considero que si los hombres no corresponden a los cargos, por lo menos los cargos deben corresponder... a los hombres que se los merecen.

ENRIQUE: Pero, ¿quieres acaso insinuar que yo no merezco este cargo? ¿Eres capaz de sugerirlo siquiera? Querida, ¿cuántos años llevamos de casados?

INGRID: ¡Ocho!

ENRIQUE: ¡No, no querida, deja a un lado tu manía de quitarte los años! Son diez años de casados que tenemos y juzga, desde el fondo de tu corazón, lleva la mano a tu pecho, y dime... ¿cuándo te he dado un motivo de queja? ¿cuándo he protestado? ¿cuándo te he sido infiel?

INGRID: Que yo sepa... nunca.

ENRIQUE: Entonces... ¿no soy yo el estúpido más grande que hay sobre la tierra? Entonces, ¿no soy yo el padre, el esposo, el ciudadano modelo?

INGRID: Lo reconozco. Pero aún así, tengo motivos de queja.

ENRIQUE: Claro, a fin de ganar no te faltarán motivos.

INGRID: ¿Ah, sí? ¿Y lo que hice por ti cuando nos casamos?

ENRIQUE: ¿Lo que hiciste por mí? ¿Y qué hiciste por mí?

INGRID: ¿Cómo? (CASI INDIGNADA) ¿Lo has olvidado?

ENRIQUE: Perdóname, pero no recuerdo nada.

INGRID: (arrogante) ¡Sacrifiqué mi carrera en el teatro!

ENRIQUE: ¡Ah, eso! Pero si yo no te lo pedí nunca. Tú fuiste quien se ofreció a dejarla.

INGRID: ¡Claro que tenía que dejarla! Una mujer, cuando se casa, debe dedicarse al hogar.

ENRIQUE: Entonces, ¿por qué me acusas injustamente?

INGRID: (como si fuera a representar una escena importante en una obra, quizás, en Casa de Muñecas, de Ibsen): Porque debiste comprender que el teatro era para mí lo principal, casi una razón de vivir y, sin embargo, no hiciste nunca un esfuerzo para hacerme regresar. Si me querías, debiste obligarme a continuar mi carrera y no aceptar, impasible, mi noble sacrificio. En estos años terribles que he permanecido alejada de las tablas me ha faltado sentido de la vida, amor a la vida. Han sido unos años horribles en que he extrañado una sala llena de admiradores, las bambalinas, las luces y el estruendoso sonar de los aplausos. (MIRA EL SILLÓN A SU LADO, SE ARROJA SOBRE EL Y LLORA TEATRALMENTE) Ah, qué desgraciada he sido durante estos diez años.

(ENRIQUE SE CONMUEVE, SE ACERCA A ELLA Y SE SIENTA A SU LADO)

ENRIQUE: Vamos, querida, vamos. Ya sabes que no resisto verte llorar. (SACA SU PANUELO Y SE LO OFRECE. INGRID SE ENJUGA SUS LAGRIMAS) Todo te lo soporto, todo te lo perdono, pero nunca llorar, porque tú sabes bien que no me gusta que las mujeres lloren. Además, no hay razones ahora para esas lágrimas. ¡Muy bien! Sacrificaste el teatro por la felicidad de nuestro hogar y te lo agradezco, por mí, por nuestro hijo y también... ¡por ti misma! ¿Acaso no hemos sido felices todos estos años? ¡Muy felices! ¿Verdad?

INGRID: (Enjugándose las lágrimas): Sí.

ENRIQUE: ¿Y cuando me dijiste que el Club de Damas te había pedido que reaparecieras en una función benéfica, ¿qué te contesté?

INGRID: (limpiándose una última lágrima): ¡Qué aceptará la invitación!

ENRIQUE: ¿Y no fui yo quien te dijo que la mejor tragedia para reaparecer era Antígona?

INGRID: (se regocija y sonríe feliz) ¡Ah, Antígona! ¡Mi tragedia favorita!

ENRIQUE: Es tu mejor interpretación. Ya lo dijeron los críticos más exigentes, miles de veces. "Ingrid Talent" es la más grande intérprete de Antígona!"

INGRID: El New York Times dijo que parecía como si Sófocles hubiese escrito Antígona para mí. ¿Te imaginas? Sófocles nació en el año 496 antes de Jesucristo y escribió una tragedia pensando, de seguro, en mí. (SE PASEA POR LA ESCENA, ETEREA, DULCE) Oh, Antígona... (RECITA LOS VERSOS, LLENA DE EMOCION, TEATRAL) "¿Pues qué esperas ya, Creonte? A mí, tus razonamientos ni me gustan ni me podrán gustar; y lo mismo a ti, los míos nunca te han agradado. Y a la verdad, ¿cómo hubiera yo podido alcanzar gloria más célebre que dando sepultura a mi propio hermano? Todos estos dirían que lo que he hecho es de su agrado, si el miedo no les trabase la lengua. Pero los tiranos tienen esta y muchas otras ventajas, y les es permitido hacer y decir cuanto quieran. No es vergonzoso honrar a los hermanos!"

ENRIQUE: (Aplaudiendo) ¡Bravo! ¡Bravo!

INGRID: (yendo a sus brazos): Ah, Enrique, cuánto siento que no puedas venir a verme esta noche al estreno.

ENRIQUE: Yo lo siento más que tú, pero no he preparado mi discurso y tengo que pulirlo bien para mañana producir buena impresión. No tengo la culpa de que las damas de tu club hayan decidido adelantar la fecha de tu presentación a última hora. Pero te prometo que pasado mañana estaré contigo.

INGRID: Si es que encuentras asiento... Todos los boletos están vendidos.

ENRIQUE: Supongo que habrás exigido que reserven un asiento para tu marido.

INGRID: (mimosa) ¡Claro que sí! Todas las noches estará tu asiento esperando por ti.

ENRIQUE: ¡Y aunque ausente, yo estaré junto a ti deseándote el mayor de los éxitos! (REACCIONA) ¡Bueno, basta ya de escenas de amor! Yo tengo que terminar de escribir y pulir todos esos papeles.

INGRID: Ah, no te robo más tiempo. Yo también tengo que pasar mis líneas. ¿Sabes? Hay un momento en que tengo cierta vacilación... Tal vez se debe al mucho tiempo que he pasado alejada de las tablas. Es en aquella parte que dice... mejor dicho, en que Creonte me pregunta: "¿No

era hermano tuyo también el que frente a él murió?" Y yo le contesto: "Hermano de la misma madre y del mismo padre". No sé por qué, eso me produce risa. Me parece que Sóocles debió haber economizado palabras y haber dicho, por ejemplo: "Sí, hermano de padre y madre". Ah querido, ¿no es enternecedor el amor de Antígona por su hermano?

ENRIQUE: (significativo): Sinceramente, querida, creo que fue excesivo el amor por su hermano.

INGRID: Ah, no digas eso. Es sublime el amor fraternal. Por esa comprensión de lo divino y lo humano la tragedia ha subsistido y superado el tiempo. Por ejemplo a Pepe, mi hermanito, yo le quiero entrañablemente. Tanto como Antígona al suyo.

ENRIQUE: No tienes que decirme, querida (SE ESCUCHA LA MUSICA DE ROCK AND ROLL. ENRIQUE TEJE LOS DEDOS ENTRE SUS CABELLOS) Ah, esa música. ¡Esa maldita música!

INGRID: ¡Ah, es Pepe! ¡El pobre! Se pasa el día encerrado en su habitación. (SUSPIRA COMPRENSIVA) ¡Olvidando! Bueno, no te preocupes, voy a decirle que baje esa música para que puedas seguir trabajando.

ENRIQUE: (mordiéndolo sus palabras): Te lo agradeceré.

INGRID: Ya bajo. (SE ENCAMINA A LA PUERTA, PERO SE DETIENE INTRIGADA) Querido... No me has dicho... ¿por qué te has mudado al ático?

ENRIQUE: Por nada, querida.

INGRID: Quiero saber la verdad.

ENRIQUE: Te digo que no hay ningún motivo especial.

INGRID: Las gentes no hacen las cosas porque sí. Tiene que haber una razón, un motivo. ¿Por qué lo has hecho, Enrique?

ENRIQUE: (paciente): Para estar más cerca del cielo, de Dios.

INGRID: ¡Me estás engañando! Enrique, Pepe me dijo que ayer le habías refido porque ponía rock and roll, boogie-boogie y merengues y no te dejaba trabajar. Dime la verdad, ¿te has mudado aquí porque te molesta mi hermano?

ENRIQUE: Oh, no querida, ¿Cómo puedes pensar eso?

INGRID: Mirame a los ojos. (SE ACERCA A ENRIQUE QUE BAJA SU MIRADA) Levanta la mirada. (ENRIQUE LEVANTA SUS OJOS) ¡Enrique!

ENRIQUE: Pues si de veras quieres saberlo te contestaré que sí.

INGRID: ¡Enrique!

ENRIQUE: (hastiado): Estoy harto de tu hermano y no lo soporto un minuto más en esta casa.

INGRID: ¡Enrique, no te permito...!

ENRIQUE: ¡Vamos, defiéndelo! Escúchame, Ingrid, hace tres meses que tu hermano está con nosotros y desde que llegó no ha habido paz en esta casa, ni orden, ni tranquilidad, ni nada. Si quiero descansar, a tu hermano se le ocurre poner esa endemoniada música. Si busco una camisa, tu hermano se la ha puesto. Si voy a fumar un cigarrillo da la casualidad que tu hermano ha acabado con todos ellos. Y cuando se le ocurre dar una fiestecita para sus amigos...

INGRID: ¿Cómo puedes hablar así de mi hermano? Ya sabes que lo hace para olvidar...

ENRIQUE: ¡Lo que quisiera es que se olvidara de nosotros y nos dejara en paz!

INGRID: ¡Mi hermano no me molesta!

ENRIQUE: Pero a mí, sí. Tuve que hablarle francamente. Necesitaba preparar mi discurso y no había un rincón allá abajo donde no estuviera invadido por el espantoso estruendo de su música infernal. ¡Tuve que estallar!

INGRID: ¡Mi pobre hermanito! ¡Cuánto ha sufrido con tu incomprensión! No debiste hablarle de ese modo. Heriste su sensibilidad. Me lo contó todo entre lágrimas.

ENRIQUE Pero se quedó. Creí que con mi sermón arreglaría sus maletas y se marcharía con tus padres.

INGRID: ¿Cómo quieres que regrese allí, si sabes que ha huído para olvidar?

ENRIQUE: Pero, ¿por qué se le ha ocurrido olvidar aquí, en esta casa y haciendo tanto escándalo y fiestecitas prolongadas?

El único sitio que me pareció apropiado para escapar de él fue este ático. Y aún, a veces, se ve amenazado, porque la verdad es que no sé, por qué diablos se le ocurre subir tanto el volumen de ese picot!

INGRID: Debemos ser comprensivos con él, un pobre ser desconsolado, que ha buscado en nuestros brazos, apoyo, alivio a su dolor, a su soledad. ¿No comprendes, Enrique, que Pepe busca en nosotros el cariño que le ha negado Yolanda? Yolanda fue cruel con él, negándole su amor...

ENRIQUE: ¡Muy bonito! ¡Todo un episodio de novela radial! Lo que Yolanda le negó no fue su amor, sino la administración de su dinero— Pepe, muy sabihondo, se encontró a la infeliz Yolanda, una chica rica, sin experiencias románticas, pero muy agarrada a su dinero, y quiso embaucarla. ¡Me caso contigo y yo administro tu fortuna!

INGRID: ¡Eso es una calumnia!

ENRIQUE: Y Yolanda hizo lo que hubiera hecho cualquier muchacha sensata. Lo puso de patitar en la calle. Si hay algo que quiere olvidar, Pepe es que se le escapó un millón de dólares de las manos.

INGRID: Pero él la ama. ¡Me lo ha dicho!

ENRIQUE: ¡Ama su dinero!

INGRID: (insistente) ¡Y ella lo ama a él también!

ENRIQUE: Eso no lo discuto, pero es una mujer avisada y no se dejará embaucar fácilmente.

INGRID: ¿Quieres insinuar que mi hermano es un oportunista, un estafador?

ENRIQUE: Por lo menos, corre el albur, y si le salió mal esta jugada, debe ser buen perdedor. Pero, por favor, que no quiera vengarse con nosotros.

INGRID: ¿Cómo puedes juzgar así a mi hermano querido?

ENRIQUE: ¡Si no lo defendieras tanto...!

INGRID: (teatral) "No es vergonzoso honrar a los hermanos".

ENRIQUE: Ah, no me hagas citas de Antígona. Recuerda bien que por defender bravamente a su hermano, Creonte la condenó a ser enterrada viva en una cueva.

INGRID: ¿Qué quieres insinuar?

ENRIQUE: Simplemente, que muchas veces aferrarse a una idea, sin medir las consecuencias, puede dar resultados que... (INGRID LO MIRA FIJAMENTE, SIN DECIR PALABRAS, SU ROSTRO SE AFLIGE Y COMIENZA A LLORAR. ENRIQUE LA CONTEMPLA TAMBIÉN AFLIGIDO) Ingrid, por favor, no llores, no quise herir tus sentimientos... Oh, Ingrid, perdóname.

INGRID: ¿Cómo quieres que permanezca serena, mientras acusas a mi hermano de cazador de fortunas y me niegas el derecho a defenderlo?

ENRIQUE: Trataré de contener mis nervios y seré más comprensivo si tu quieres, pero no llores, por favor, que no se porto verte llorar. ¡Ingrid! ¡Ingrid!

INGRID: Además, es también tu hermano, no debías fijarte en que se fuma tus cigarrillos y se pone tus camisas.

ENRIQUE: Pero, ¿por qué no compra sus cigarrillos y se pone sus propias camisas? El tiene el armario lleno de camisas, ¿por qué no usa las suyas?

INGRID: Quizás le gustarían más las tuyas. (DEJANDO DE GIMOTEAR) Además, querido, te dije ayer que te compraría una camisa nueva por cada camisa tuya que se pusiera mi hermano. Que no tengas por qué volverlas a usar. Y, dime, ¿esta mañana no te traje una camisa nueva por la que él se puso ayer?

ENRIQUE: Sí, sí, y también te dije que te quedaba agradecido porque hace tiempo que estaba por comprarme una camisa roja para los días de sport.

INGRID: Bueno, pues ya te compré tu camisa roja, por tanto no tienes que volver a reñir con mi hermano. ¡El pobre, es muy desdichado!

ENRIQUE: ¡Muy bien, muy bien! Cerraré mis oídos a su música, cerraré mis ojos a sus extravagancias y cerraré mi boca a sus contestaciones irrespetuosas, pero, por favor, dile a él que haga también un pequeño esfuerzo. Y en cuanto a tí...

INGRID: ¿Qué, querido?

ENRIQUE: Tienes también que prometerme algo. (INGRID LO MIRA PERPLEJA) Me concederás... ¡es una pequeña concesión!... me concederás el derecho a buscar mi tranquilidad aquí, en el ático.

INGRID: Pero, ¿por qué en el ático?

ENRIQUE: Porque recién he descubierto que este es un rincón que me trae deliciosos recuerdos de... lo que era nuestro hogar... antes.

INGRID: Nuestro hogar sigue siendo el mismo. Tú, nuestro niño y yo.

ENRIQUE: Ya no es el mismo, querida. También está tu hermano.

INGRID: ¿Otra vez!

ENRIQUE: ¡Oh, no, no. Ya te he prometido que seré sordo y mudo a todo cuanto haga. Lucharé por todos los medios para que su presencia no empañe nuestra felicidad.

INGRID: Pero, ¿por qué el ático?

ENRIQUE: Porque en este ático hay paz, quietud, tranquilidad, ¡lo que necesito! Aquí, al fin, me siento solo y seguro.

INGRID: ¿Seguro de qué?

ENRIQUE: De que es el único sitio adonde no llegará la devastadora presencia de tu hermano.

PEPE: (entrando rápidamente en el ático): ¡Hello, everybody! Ah, qué coincidencia! ¡Con que es aquí donde se han escondido, eh?!

ENRIQUE: ¡Pepe! ¿Qué vienes a buscar aquí?

PEPE: ¡Mis pesas! No las encuentro por ninguna parte, y como en el ático es donde siempre las guardo... Pero no recuerdo si las dejé aquí esta vez.

PEPE SE DIRIGE AL FONDO Y BUSCA ENTRE LOS CACHIBACHES. ENRIQUE LLEVA UNA MANO A SU FRENTE, TRATANDO DE DOMINARSE)

ENRIQUE: ¡Oh, mi Dios!

INGRID: ¡Vamos, paciencia, querido! Recuerda lo que has prometido. Además, unas pesas se encuentran en seguida. Las toma y se marcha. Bueno, no te distraigo más. Te

dejo porque voy a repasar mis líneas. ¡Paciencia, querido, paciencia! Hazlo por mí.

(INGRID SALE MUY DESPREOCUPADA. ENRIQUE, PACIENTEMENTE, VA A SU ESCRITORIO, TOMA SU DISCURSO, PERO LO ARROJA SOBRE EL ESCRITORIO DESESPERADO, CUANDO ESCUCHA LA VOZ DE PEPE)

PEPE: Oye, Enrique, no encuentro mis pesas por ningún lado. ¿No las has visto?

ENRIQUE: Yo nunca ando con esos juguetitos. Y no sé por qué tenías que guardarlas precisamente en el ático cuando tu habitación es lo bastante grande y tienes un armario espacioso.

PEPE: (saliendo desde el fondo): Es que en el ático no molestan, mientras que en la habitación ya sabes, si están en el medio puede uno tropezar y caerse... (MIRA A SU ALREDEDOR) Oye, ¿te has traído el escritorio para acá? ¿Quién te ayudó a cargarlo?

ENRIQUE: Esperaba encontrarte a ti para que me ayudaras a cargarlo.

PEPE: Me habieras buscado en mi habitación. A lo mejor dormía la siesta.

ENRIQUE: Llevas una vida muy descensada, cuñado. Estás en todas partes, a todas horas, menos cuando uno te busca.

PEPE: (despreocupado, junto al escritorio) ¿Cómo te hiciste para subir este escritorio? (HACIENDO ESFUERZOS POR LEVANTARLO) Ni yo puedo con él.

ENRIQUE: Llamé a una agencia de mudanzas y lo hicieron.

PEPE: ¡Ah, vaya! (RELOJEANDO A SU ALREDEDOR) Teléfono... lámpara... Es una verdadera oficina... (ABRE UNA GAVETA DEL ESCRITORIO, OBSERVA ADENTRO, SE SORPRENDE, SONRIE MALICIOSAMENTE A SU CUÑADO MIENTRAS LE GUIÑA UN OJO) ¡Oh!

ENRIQUE: ¿Qué?

PEPE: (cerrando la gaveta, con picardía): No, nada. Todo está perfecto. ¡Perfecto! Sólo falta aire acondicionado.

ENRIQUE: (con marcada intención): Creo que si las cosas siguen como van, también pondré aire acondicionado.

PEPE: Sería muy buena idea. Pero, me intriga. Realmente, me intriga. ¿Por qué has hecho todo esto? Allá abajo tienes una magnífica oficina instalada... ¿por qué? ¿Por qué, cuñado?

ENRIQUE: ¿Sabes por qué? (SONRIENDO CINICA Y BENEVOLENTE) Porque me molestaba un poquito esa música rara que pones en tu picot.

PEPE: Ah, el rock and roll. Ya está pasando de moda. Pronto la sustituirá algo más movido. Ya comienza a meterse la fuga del twist, luego será otro ritmo. El mundo se mueve cada día más aprisa, y así la música. Imagínate, cuñado, que Yuri Gagarin estuvo en la nave sideral soviética Vostok durante 89.1 minutos, desplazándose a una velocidad de más de 17,000 millas por hora. Y eso, sin tomar en cuenta que el cohete transportó la nave a velocidades de más de 25,000 millas por hora para situarla en una órbita esteroide. ¡A eso se llama velocidad! Y así está todo hoy día. Otro caso, ¿qué me dices de Shepard?

ENRIQUE: ¿De quién?

PEPE: De Alan B. Shepard, el primer astronauta norteamericano. No me digas, cuñado, que no has oído hablar de Shepard.

ENRIQUE: Pues, no.

PEPE: Pues Shepard fue la respuesta norteamericana al alarde ruso de haber colocado un hombre en órbita. Viajó al espacio en una cápsula Mercury a una altura de unas 115 millas y a una velocidad de 5,100 millas por hora, volando 302 millas en 15 minutos. ¿Te imaginas? Si el hombre sigue dominando la velocidad de este modo, el rock and roll vendrá a ser un a manera de bolero lento en el siglo próximo.

ENRIQUE: Veo que estás muy enterado de la historia de los viajes espaciales. Pero, mi querido cuñado, no sé si recordarás que mañana tengo que pronunciar un discurso y todavía no lo he preparado, por lo cual te ruego, casi te suplico, que busques tus pesas y me permitas seguir trabajando.

PEPE: Ah, perdona, no sabía que te estaba robando el tiempo. Ya me marchó.

(PEPE SE ENCAMINA AL FONDO NUEVAMENTE Y ENRIQUE, SUSPIRANDO, TOMA NUEVAMENTE SUS PAPELES PARA ESCRIBIR)

ENRIQUE: Oye, Pepe, una pregunta...

PEPE: (desde atrás): A ver...

ENRIQUE: ¿Cómo dices que se llama el astronauta ese...?

PEPE: ¿Cuál? ¿El ruso?

ENRIQUE: No, no. El norteamericano.

PEPE: Shepard. Alan B. Shepard.

ENRIQUE (escribe rápidamente en sus papeles): ¿Cómo se deletrea Shepard?

PEPE: S—H—E—P—A—R—D (Saliendo) ¿Para qué lo preguntas?

ENRIQUE (escondiendo rápidamente sus papeles): No, no. Para nada.

PEPE (volviendo al fondo): ¡Ah! Bueno, bueno, ¿dónde estarán mis pesas?

ENRIQUE (anota rápidamente y luego lee): "¿Por qué, si Alan B. Shepard pudo mantenerse en órbita durante 15 minutos en una nave sideral, no puede el padre de familia mantener el bienestar y la armonía en la nave de su hogar? ¿No es aquella acción, señores, más difícil, y, sin embargo, no fue acaso lograda? Seamos todos un Shepard en nuestros hogares!"

PEPE (sorprendido, sale desde atrás): Oye, ¿te ocurre algo?

ENRIQUE (escondiendo rápidamente sus papeles): No, no. Para hoy ensayando mi discurso, ¿No has encontrado tus pesas?

PEPE: Todavía.

ENRIQUE: ¿Estás seguro de que están aquí?

PEPE: En alguna parte tienen que estar.

ENRIQUE: Te voy a ayudar a buscarlas, a ver si terminas con este jueguito.

PEPE: Ah, te lo voy a agradecer.

(PEPE Y ENRIQUE VAN HACIA EL FONDO. SE VE LA FIGURA DE PEPE QUE SE ENCAMINA ENTRE UNOS MUEBLES VIEJOS Y A ENRIQUE QUE SUBE Y BAJA REGISTRANDOLO TODO. EN MEDIO DE "TEN CUL"

DADO", "MIRA BIEN QUE ESE MUEBLE ESTA VIEJO", "CUIDADO CON ESA SILLA" "EY, QUE TE CAE ALGO", HASTA "TE LO DUE", EN QUE ENRIQUE CAE EN MEDIO DE GRAN ESTREPITO DE MUEBLES Y ARTEFACTOS VIEJOS GUARDADOS EN EL ATICO. PEPE APARECE CON ENRIQUE EN SUS BRAZOS, QUE SE QUEJA AL MISMO TIEMPO QUE PROTESTA!

ENRIQUE: ¡Bájame! ¡Bájame!

PEPE: Si creo que te has roto una costilla, hombre.

ENRIQUE: Vamos, Mévame a ese sillón.

(PEPE COLOCA A ENRIQUE EN UN SILLON, EN MEDIO DE LOS QUEJIDOS DE ENRIQUE)

PEPE: Si quieres, llamo al médico.

ENRIQUE: No, no. Estoy bien. Es sólo que... ¡Ay, mi pie! Fue en el pie donde me cayó ese maldito aparato. ¡Debia prenderle fuego a todos esos muebles viejos!

PEPE: ¿Es que querias encontrar las pesas en un segundo? No debiste mover todos los muebles al mismo tiempo. (LE ESTIRA LAS PIERNAS Y LAS MASAJEA) ¡Vamos, levántate! Un poco de ejercicio te hará bien. Camina un poco. (ENRIQUE SE LEVANTA, APOYADO EN PEPE, QUEJANDOSE, Y DA UNA VUELTA POR LA ESCENA, CON UNA MANO EN LA CINTURA) Ay, cuñado, eres un caso lamentable. Necesitas practicar el deporte, el ejercicio. No todo es cerebro e inteligencia. "Mente sana en cuerpo sano" dijo Juvenal y ha repetido la humanidad a través de los siglos.

ENRIQUE: ¿Qué tiene que ver el ejercicio con que me haya caído un mueble en las espaldas?... ¡Ay! ...¿y me haya dado en un pie?

PEPE: ¡Insisto! ¡Falta de ejercicios! Si me hubiera caído a mí, yo lo hubiera rechazado con la espalda... (MUESTRA SU FUERTE ESPALDA GIRANDO A SU ALREDEDOR)... Mira... Mira que espalda tengo. Domino el mueble así... lo aguanto así... y vuelvo a colocarlo en su sitio así... Pero, claro, ¡a ti te cae el mueble y te aplasta!

ENRIQUE: ¡Aplastado estoy desde hace tres meses!

PEPE: Ah, pero no hay que preocuparse. Si quieres... te enseño algunos ejercicios que te van a hacer mucho bien. Atien-

de... por ejemplo, este es sencillo, pero ayuda a que se desentumezan los músculos... (PEPE COMIENZA A HACER PRUEBAS DE ELEMENTALES EJERCICIOS CALISTENICOS) Uno... dos... Uno... dos... y tres. Ahora este otro, tirando las piernas así... Uno, dos... y tres. ¡Otra vez! ¡Observa bien! Uno... dos... y tres! Hay otro que es para topar las puntas de los dedos de los pies con los de las manos... Así... Uno, dos... Uno, dos... Uno...

ENRIQUE: ¡Basta, basta, basta! Pepe, por Dios. ¿No comprendes que tengo que terminar de escribir mi discurso?

PEPE: Ah, un momento. Espera un segundo. Voy a mostrarte uno para los músculos de los brazos. Bueno, en realidad, para los músculos no hay nada como levantar pesas. Mira, ténta aquí. (PEPE SE ACERCA A ENRIQUE Y LE OFRECE SU BRAZO, MIENTRAS ENRIQUE LO MIRA CASI DESEANDO DEVORARLO) Vamos, vamos, ténta. (ENRIQUE, DOMINANDOSE, TIENTA LOS BICEPS DE PEPE) ¿Qué te parecen?

ENRIQUE: ¡Muy saludable!

(SE ESCUCHA EL TIMBRE DEL TELEFONO)

ENRIQUE: Ah, esa es mamá, de seguro. (HACE POR LEVANTARSE, PERO NO LO CONSIGUE) Ay, no puedo levantarme.

PEPE: Ah, yo contesto.

ENRIQUE: Si es mamá, dile que se tome sus pastillas, que ya es hora.

PEPE (descolgando el teléfono) : ¿Hola? Ah, ¿qué tal? No, no, no es Enrique. Es Pepe. Sí, sí, el hermano de Ingrid. No, no, señora, ya crecí. Ya no soy tan chiquitito. ¿Cómo? Ah, sí, pues... pues... (CIERRA Y SE VUELVE A ENRIQUE) Dice que quiere hablar contigo.

ENRIQUE: Dile que estoy en el baño. Que se tome sus pastillas.

PEPE: Pues... él está ahora tomando un baño... Dice que se tome sus pastillas, que ya es hora. ¿Cómo? (VUELVE A CERRAR Y SE VUELVE A ENRIQUE) Pregunta que cómo te encuentras?

ENRIQUE: Dile... que en perfecto estado. ¡Ay! Igual... que

hace media hora. Igual que siempre. ¡Que se tome sus pastillas!

PEPE: Dice él que... está en perfecto estado... ¡que se tome sus pastillas!

(PEPE CUELGA EL TELEFONO)

ENRIQUE (haciendo un esfuerzo logra levantarse) : Ya estoy mejor. Voy a seguir trabajando, (ACERCANDOSE AL ESCRITORIO Y ECHANDO A UN LADO A PEPE) ¿Me permites?

PEPE: Claro que sí. Yo voy a echar una última ojeadita ahí atrás... por si acaso.

(PEPE SE ENCAMINA NUEVAMENTE AL FONDO, MIENTRAS ENRIQUE LE OBSERVA)

ENRIQUE: ¿No podrias dejar esas pesas para otro día? ¿Para pasado mañana, por ejemplo?

PEPE: ¡Imposible! Uno de los problemas que tiene el ejercicio es que debe continuarse siempre y siempre. No se puede abandonar ni un minuto. (SE SORPRENDE AL DESCUBRIR A MIGUELITO ACOSTADO ENTRE LOS MUEBLES VIEJOS) Pero, ¿qué hace Miguelito aquí?

ENRIQUE: ¿Quién?

PEPE: Miguelito. Está aquí dormido. (APARECE CON MIGUELITO LEVANTADO COMO SI FUERA UNAS PESAS) Con razón no me había molestado en toda la tarde. ¿Sabes? Le estoy enseñando a levantar pesas.

ENRIQUE: Te agradeceré, infinitamente, que no me le enseñes nada al niño.

PEPE: (sin escucharle, colocando a Miguelito en el suelo como si fuera unas pesas); Y ahora que recuerdo... ¡Mis pesas están en la habitación de Miguelito! ¡Sí, hombre, sí! Estábamos haciendo ejercicios ayer por la tarde...! Voy a buscarlas. (SE DIRIGE A LA PUERTA, PERO ANTES DE SALIR SE DETIENE) Ah, un consejo, cuando hagas ejercicios, pon siempre música de fondo, eso siempre ayuda a mantener un ritmo estético.

(ENRIQUE GUARDA SILENCIO AL ESCUCHAR A SU CUÑADO, QUIEN LUEGO DE HABLAR SALE. MIRA A MIGUELITO, SE SIENTA EN EL SOFA Y LO LLAMA A SU LADO)

ENRIQUE: Ven acá, Miguelito. Dime... ¿qué hacías en el ático?

MIGUELITO: (bostezo adormecido y se acerca a su padre) ¿Cómo?

ENRIQUE: ¿Qué hacías en el ático?

MIGUELITO: Dormir.

ENRIQUE: ¿Dormir?

MIGUELITO: Todas las tardes vengo a dormir al ático.

ENRIQUE: Pero si tienes tu habitación allá abajo.

MIGUELITO: Sí, pero tío Pepe pone la música y no hay quien duerma. (RIE) Papá, el ático es el mejor sitio de la casa para echar una siesta.

ENRIQUE: ¿El ático? ¡Oh, mi Dios! No lo sabía. Pepe guarda las pesas, tú duermes la siesta... ¡Válgame Dios! (SE ESCUCHA LA MUSICA DE ROCK AND ROLL) ¡Ah, esa música! (SE ACERCA A LA PUERTA, LA ABRE Y GRITA HACIA LA ESCALERA) ¡Pepe, baja esa música! (LA MUSICA BAJA. ENRIQUE SE ACERCA A MIGUELITO) Oyeme bien, Miguelito. Desde ahora en adelante te vas a dormir la siesta a tu cuarto, porque papá va a usar el ático para él. ¿Me comprendes? Papá quiere usar el ático para hacer los trabajos de la oficina y preparar sus discursos, etcétera, etcétera...

MIGUELITO: ¿Sabes una cosa, papá?

ENRIQUE: ¿Qué?

MIGUELITO: Creo que eres un egoísta.

ENRIQUE: ¿Cómo?

MIGUELITO: ¡Que creo que eres un egoísta!

(SE ESCUCHA LA MUSICA DE ROCK AND ROLL Y BAJA NUEVAMENTE CUANDO INGRID PENETRA LA ESCENA RAPIDAMENTE)

INGRID: Ay, querido, tienes razón. Te concedo ahora toda la razón. Pepe me está volviendo loca. Estaba repasando tranquilamente mis líneas cuando aparece Pepe con sus pesas y pone esa bendita música en el aparato. Le digo: "Pepe, baja la música, porque estoy repasando mis líneas" y en vez de bajarla la sube de tal modo que ya la puedes oír!

(EXTIENDE SUS OÍDOS Y ADVIERTE QUE LA MÚSICA NO SE ESCUCHA). AH, no, ahora no se escucha (DESCUBRE A MIGUELITO) ¡Miguelito! ¿Qué haces aquí? Te creía en tu habitación.

ENRIQUE: (paciente): El niño acostumbra dormir la siesta en el ático, querida. Quizás no te habías enterado, pero es la verdad.

INGRID: Pero si yo, todas las tardes, te acuesto en tu cama.

MIGUELITO: Pero, luego, yo me levanto y vengo para acá.

INGRID: ¡Bueno, bueno! Pero no lo vuelvas a hacer.

MIGUELITO: Pero, ¿por qué no?

INGRID: Pues... porque... porque... (MIRA A ENRIQUE EN BUSCA DE UNA RESPUESTA Y AL NO ENCONTRARLA CAMBIA EL TEMA) Escucha, ya es hora de tomar algún refrigerio. Dile a la criada que te dé bizcocho y helado.

MIGUELITO (saliendo): Está bien, mamá.

INGRID: Ah, querido. ¡Cuánto lamento que tu ático no sea lo que tú pensabas! Pero no hay que preocuparse. En general, en la vida nada resulta como uno piensa. ¡Es eso lo que hace la vida interesante!

ENRIQUE: ¡Dímelo tú a mí! ¡A mí!

INGRID: (yendo a él y abrazándole cariñosamente): Quiero pedirte perdón querido. Tienes razón. Pepe se ha puesto insostenible con su música. Lo ha comprobado por mí misma. Debí haber sido más considerado y haberme dejado estudiar mis líneas, sabiendo que esta noche es mi reaparición. Claro, esta mañana hicimos un ensayo general y, por supuesto, sabía a perfección mis líneas, pero yo soy una de esas actrices nerviosas y considero que, mientras más se revisen las líneas, más segura se siente una y... Querido... querido... ¿Serías tan amable...? (ENRIQUE LA MIRA FIJAMENTE, SIN COMPRENDER... PERO COMPRENDIENDOLA A PERFECCION. INGRID COMPRENDE TAMBIÉN A PERFECCION LA MIRADA DE ENRIQUE) Claro... no quiero entorpecer tu labor y mucho menos obstaculizar el mejor logro de tu discurso... pero sucede que... Querido... querido... ¿Serías tan amable...?

ENRIQUE: No comprendo bien, Ingrid, estás queriendo insinuar que...?

INGRID: (Lo mira ingenuamente, suplicante). ¿Serías tan amable...?

ENRIQUE: ...que te deje ensayar...?

INGRID: (asiente, con un poco de temor y una mirada inocente): Comprende, querido, es el único sitio relativamente tranquilo en la casa... y... Comprende... esta noche voy a presentar "Antígona"... de Sófocles... y necesito estar segura de mi papel... Pepe, ahí abajo... no me deja estudiar.

ENRIQUE: (fuera de sí): Pues dile que se calle, que apague ese aparato, que se marche de casa y que nos deje saborear un poco el silencio... Ese silencio que he estado buscando desde hace tres meses y que creí encontrar en este pequeño rincón de lo que era nuestro hogar. ¡Baja, mujer, y díselo!

INGRID: (a punto de llorar) ¡No puedo! ¡No puedo!

ENRIQUE: Haz un pequeño esfuerzo y échalo de casa.

INGRID: ¡Sería criminal! No puedo hacerle eso a mi hermano. ¿Cómo hacerlo sin herir sus sentimientos? ¿No comprendes, querido, que desde que Yoianda lo arrojó de su lado, el pobre Pepe no tiene tranquilidad espiritual?

ENRIQUE: ¡Tampoco la tengo yo!

INGRID: ¡Pero lo de él es un mal del corazón!

ENRIQUE: ¡Pues el mío, flaquea! Te juro, querida, que ya siento palpitaciones.

INGRID: No puedo hacerle eso a Pepe. Si ahora que necesita de nosotros, de nuestro aliento, le echamos a la calle, sería capaz... de suicidarse.

ENRIQUE: Creo que él ni conoce la palabra, querida. ¿Qué es lo que quiere olvidar si nunca piensa en nada ese cerebro de chorlito? Se pasa la vida luciendo su musculatura entre las muchachas y midiendo pasos de cha-cha-chá y merengue en los bailes y hablando de ¡Gagarin y Shepard!... para alardear de conocimientos aeronáuticos y nada más. (ENFRENTANDOLA) Y todas esas chiquilladas que co-

mete en nuestra casa, como si fuera un adolescente incomprendido de películas de Hollywood, lo hace porque tú lo apoyas, que de haber sido por mí, lo hubiera puesto también de patitas en la calle, como hizo Yolanda. Tú eres quien lo has convertido en un mimado incorregible. ¿Por qué no lo hiciste apagar ese aparato? ¿por qué?

ENGRID: (sin escucharle, ajena a todo, da vueltas alrededor del escritorio, en un intento por cambiar la conversación):
¡"Oh, Creonte, si ahora te parece que soy necia por lo que he hecho, puedo decir que de necia soy acusada por un necio!" (ABRE LA GAVETA DEL ESCRITORIO QUE ANTES ABRIERA SU HERMANO, CON COMPLETA INDIFERENCIA, PERO PONIÉNDOSE SERIA AL DESCUBRIR ALGO DENTRO DE ELLA) ¡Oh, querido, ¿y esto?

ENRIQUE: ¿Qué?

ENGRID: (mostrando unas botellas de vino): ¡Estas botellas de vino!

ENRIQUE: Ah, eso fue lo que asombró a tu hermano hace unos minutos. (SE ACERCA A INGRID) Este vino ha sido envejecido durante varios años y lo encargué a Francia especialmente para el señor Gutiérrez, quien está loco por probarlo... y como a los jefes hay que agradarlos... Prometí darle una sorpresa. ¡Y ya ves! ¡Lo he conseguido! Mañana el señor Gutiérrez me dará un ascenso. (QUI TANDOLE LAS BOTELLAS) Y voy a cambiarlas de sitio y a esconderlas porque sabiendo tu hermano donde están...

ENGRID: ¡Enrique!

ENRIQUE: (mientras esconde las botellas en un rincón del ático):
¡Habla... la voz de la experiencia! Además... ¡más vale prevenir... que lamentar!

ENGRID: (sin hacerle caso): Ah, querido, qué bien se está en tu ático. (CORRE HACIA EL Y LE ABRAZA) Parece un sueño. Tú y yo solos, solitos, en un pequeño ático de este inmenso mundo creado por Dios.

ENRIQUE: Si pudiéramos estar así siempre.

ENGRID: (coqueta): ¿Así... cómo?

ENRIQUE: Así... sin que nadie se interponga entre nosotros, sin que nada amenace nuestra felicidad... siempre juntos.

ENGRID: ¡Estaremos siempre juntos, querido! (DESCUBRE LA VENTANA DEL ATICO AL FONDO, COMO SI NO LA HUBIESE VISTO ANTES) Ah, la ventana. Voy a subir hasta la ventana.

ENRIQUE: (yendo tras ella): No, no, querida. No lo hagas.

ENGRID: ¿Qué tiene de malo?

ENRIQUE: (mientras Ingrid trata de escalar hasta la ventana):
¡No subas ahí, Ingrid! Puedes caerte y si te caes puedes lastimarte y si te lastimas... no habrá Antígona para defender a su hermano esta noche.

ENGRID: (sin obedecerle, riendo): ¡Tenterías! (LLEGANDO HASTA LA VENTANA DEL ATICO) ¿Ves? ¡Lo he conseguido! (ABRE LA VENTANA) Ah, qué vista tan estupenda hay desde aquí, querido. No sabía que se podía mirar las casas de todo el vecindario y la calle y todo. ¡Uy! ¡Hace un ventarrón en el jardín! (RIENDO) Es algo maravilloso, querido. (ENRIQUE SE SIENTA SOBRE EL ESCRITORIO, RESIGNADO) ¡Querido! ¡Querido! ¡Enrique...!

ENRIQUE (desfalleciente, mirando sus papeles): Estoy aquí querida!

ENGRID: ¿Por qué no ensayas tu discurso? (SE VUELVE A LA VENTANA) Ah, qué vista tan estupenda y que fresquito tan agradable entera. ¡Enrique! ¡Enrique!

ENRIQUE: ¿Si, querida?

ENGRID: No pierdas el tiempo. Lee algo de lo que hayas escrito. Quiero oírte. Vamos, lee en voz alta, que te escucho.

ENRIQUE: (haciendo un esfuerzo inaudito, mientras Ingrid se recrea en la ventana): "Repito, y poco de repeticiones, por lo cual pido excusas al distinguido auditorio..."

ENGRID: Eso está muy bien, querido, pero, ¿por qué lo dices? Bueno, no voy a interrumpirte. ¡Sigue! (SALUDA CON LAS MANOS) ¡Adela...! ¡Adela...! Aquí... en el ático... Soy yo, Ingrid... ¡Vas a ver "Antígona" esta noche, ¿no?

ENRIQUE: (continúa leyendo): "...considero un inmerecido honor el haber sido elegido..."

INGRID: (en la ventana): Adiós, Julia ¡Aquí! ¡Aquí, Ingrid!
¡Arriba! ¿Cómo? Ah, sí? ¿Lo leíste? Sí. Esta noche. (VOL-
VIENDOSE A ENRIQUE) Ah, querido, he descubierto
que tu ático es un lugar maravilloso... (MIRA A TRA-
VES DE LA VENTANA) ¡Adiós!... ¡Adiós...!

ENRIQUE: "...considero un humilde honor... el haber sido
elegido ... Presidente de la Sociedad Pro Bienestar y
Armonía... de la Familia...

INGRID: Adiós. Pedrito. Adiós...

(LA VOZ DE INGRID SALUDANDO FELIZ Y COMPLA-
CIDA A SUS AMISTADES Y VECINOS SE CONFUNDE
CON LA DE ENRIQUE LEYENDO SU DISCURSO Y
CON LA MUSICA DEL PRINCIPIO DE OBRA QUE SE
ESCUCHA AHORA LLENANDO LA ESCENA PARA EL
FINAL DEL PRIMER ACTO).

SEGUNDO ACTO

EL MISMO DECORADO. EL MISMO DIA. ALREDEDOR DE
LA MEDIANOCHE. EL ATICO ESTA SOLO. EN PENUM-
BRAS. PEPE, BORRACHO, ENTRA EN ESCENA Y SE APOYA
EN LA PUERTA Y RIE COMICAMENTE VIENE LUCIENDO
UNA CAMISA ROJA

PEPE: Cuñado... Cuñado... Mi queridísimo cuñado... ¿dónde
estés... que no te veo? (ENCIENDE LA LUZ Y BUSCA
POR LA HABITACION, CASI CAYENDOSE) Cuñado...
¡Ingrid! ¡Ingrid! (VOCEA REPETIDAS VECES MIENT-
RAS BUSCA) ¿No hay nadie en casa? ¿Qué se han he-
cho todos? (SE ACERCA AL ESCRITORIO) Me han de-
jado solo? Estoy solo en este mundo... solo... solo... so-
lo. (LLORA) Nadie me comprende... Estoy solo, sin amor
... sin dinero... y sin alcohol! (BUSCA POR TODO EL
ATICO) ¿No habrá una botella de ron... en esta bode-
ga? (REGISTRA TODO EN MEDIO DE RISITAS Y LUE-
GO SE ENCAMINA AL ESCRITORIO Y DA CON SU PU-
ÑO SOBRE EL) Mozo, traiga otra copa, que quiero ol-
vidar. ¡Maldita Yolanda! ¡Mujer interesada! ¡Todo en es-
ta vida cuesta dinero, Yolanda, sin el amor! (REGISTRA
LAS GAVETAS DEL ESCRITORIO) ¿Dónde, Diablos, es-
tá ese vino? (SE MUEVE EN BUSCA DEL VINO) ¿Dón-
de lo han puesto? (BUSCA POR EL ATICO, DANDO
TUMBOS, HASTA QUE, POR FIN, DESCUBRE LAS BO-
TELLAS Y SALE RIENDO TRIUNFANTE) ¡Aquí está!
¡Lo que necesitaba! (SE VUELVE AL LUGAR DONDE
ENCONTRO EL VINO) Pero, ¿cómo, diablos, fue a parar
ese vino ahí? ¿cómo saltó de la gaveta del escritorio has-
ta...? (LE QUITA EL CELOFAN QUE ENVUELVE LA
BOTELLA Y LA DESTAPA MIENTRAS RIE CON PI-
CARDIA) Ah, ese mi cuñado... con su botellita escon-
dida... y después tan santurrón! (BEEB UN TRAGO, SE

MUEVE POR LA ESCENA, SE DETIENE Y SE FONE SERIO, LUEGO LLORA, VUELVE SU MIRADA Y DESCUBRE EL TELEFONO, SE ACERCA A EL RAPIDAMENTE, LO LEVANTA, SE DETIENE, DUDA EN LLAMAR PERO LUEGO LO HACE DECIDIDO) ¿Larga distancia? Comuníqueme con la familia Pérez y Pérez en Ponce, con la señorita Yolanda. ¿Cómo? ¿Que se tardará mucho? No importa. Esperaré aquí hasta por la mañana. (SE SIRVE NUEVAMENTE DEL VINO, TOMA LA BOTELLA Y SE ENCAMINA AL SOFA DONDE SE SIEN TA DORMITANDO SU BORRACHERA) Yolanda... Yolanda... ¡Quédate con tu dinero... y quédate solterona!

(CON ESTAS PALABRAS, QUEDA COMPLETAMENTE DORMIDO SOBRE EL SOFA. ENRIQUE ENTRA, CON UN SANDWICH EN SUS MANOS, QUE COME MUY ALEGREMENTE. SE ACERCA AL ESCRITORIO Y HABLA MIENTRAS ARREGLA SUS PAPELES, SIN ADVERTIR LA PRESENCIA DE PEPE)

ENRIQUE: Nada hay como un buen sandwich para trabajar cómodamente. (VUELVE LIGERAMENTE SU CABEZA) ¡Qué extraño! ¡Me parecía que había apagado la luz antes de salir! (VOLVIENDO A SU TRABAJO) ¡Bueno, bueno, ¿cómo irán esos papeles? Es todo un desorden. Página una, la tres, ... la cuatro aquí... (LEVANTA SU MIRADA Y HUELE EN EL AIRE) ¡Ah, qué olor a vino! ¡Y vino del bueno! (CONTINUA ARREGLANDO SUS PAPELES) "La concepción del hombre, desde el principio..." ¡Ajá, eso viene aquí! "...no importa que mañana el hombre se llame a sí mismo bestia..." ¡Bien, bien! "Si, no todo es inteligencia, también hay que hacer ejercicios... Ya lo dijo Juvenal: "mente sana en cuerpo sano"... ¡Bien! Todo está arreglado... Esta es la última página. ¡Me gusta esto! (LEE) "Y a nuestros hijos, el entregarnos la llave del buen comportamiento y la conducta social, debemos decir, como Antígona: "¡Ya sabes lo que hay, y pronto podrás demostrar si eres de sangre noble o un cobarde que desdice de la nobleza de sus padres!" (MIRA SU RELOJ) A esta hora, Antígona debe haber muerto o por lo menos ha sido enterrada viva en una cueva! (TRANQUILAMENTE, LEVANTA EL TELEFONO Y LLAMA) Mamá, es hora de tomar tus pastillas. ¡Tómatelas, mamá, y no me hables de divorcio a estas horas! ¿Cómo? ¿Te has enterado? ¡No, no! ¡Ingrid no está trabajando en el

teatro a escondidas mías! Yo fui quien le dió permiso porque se trataba de una invitación del Club de Damas. No, todavía no ha regresado. Pero, mamá, si recién ahora debe estar terminando la función. ¿Con otro hombre? Mamá, no todas las artistas "andan con otro hombre" y mucho menos Ingrid que ha estado retirada diez años. Además, Ingrid es incapaz de serme infiel. La amo y estoy seguro de ella, así que no me menciones más la palabra divorcio. En vez de estar pensando monstruosidades y maquinando desbaratar mi matrimonio, debías irte a la cama temprano y descansar. Una mujer de tu edad no debe estar levantada hasta las dos de la mañana, como haces tú. Así que tómate tus pastillas, vete a la cama... ¡y que Dios te perdone!

(ENRIQUE CUELGA Y, AL HACERLO, PEPE RONCA Y SE REVUELVE EN EL SOFA. ENRIQUE SE VUELVE SORPRENDIDO Y ENMUDECE AL VERLO, LUEGO SE ACERCA A EL Y LO TOCA)

ENRIQUE: ¡Pepe! ¡Pepe! ¿Qué haces aquí? (LO AGARRA POR LA CAMISA Y EXCLAMA) ¡Mi camisa roja! ¡Se ha puesto la camisa que me regaló Ingrid esta mañana! ¡Pepe!

PEPE: (Todavía adormilado). ¿Qué? ¿Qué ocurre?

ENRIQUE: ¡Pepe! ¡Pepe!, despierta! (PASA LAS NARICES POR SU CARA Y COMPRENDE) Ah, pero si está borracho como una uva. ¡Pepe, no te permito que vengas a beber a mi ático! (SE MUEVE POR LA ESCENA, EN TONO SERIO) Este ático, desde ahora, debe ser como una iglesia, donde sólo se venga a pensar, a meditar, a buscar quietud! (PEPE SE CAE DE LADO Y ENRIQUE CORRE HACIA EL) ¡Pepe, necesito que me escuches, no te voy a permitir que subas más a este ático, me comprendes? Estoy harto de tus necedades y de ti. Por tu culpa mi casa se ha convertido en un infierno. Pero, óyeme bien... ¡Pepe! ¡Pepe! Tu hermana te ama mucho y yo no quiero herirla echándote de mi casa. Te voy a aguantar, voy a hacer todo lo posible por aguantarte, pero óyeme bien, mi única defensa contra ti es este ático. Para mí, este ático es como la muralla que defiende a una ciudad. Así que te ruego que no vuelvas a subir aquí. (SE INTERRUMPE, MIRA LA BOTELLA DE VINO EN EL SUELO, LA LEVANTA LENTAMENTE HASTA SUS OJOS Y EXCLAMA DESPUES DE ENMUDECER DE ESPAN-

TO) ¡Vino! ¡El vino que compré para el señor Gutiérrez! ¡El vino envejecido que me costó tanto trabajo conseguir!

FEPE: (Se levanta y se pasea por la escena, feliz, muy feliz): Querido cuñado, estoy enamorado de tu ático. No se escuchan los sonidos estrepitosos de los carros, ni de nada. ¡Ciertamente, como tú dices, hay un silencio de iglesia! ¿Sabes una cosa, cuñado? Si tú me lo permites, voy a venir de vez en cuando a descansar aquí, en tu ático.

ENRIQUE: (lo mira queriendo ahorrarlo, pero se domina, cierra sus ojos y reza) ¡Ingrid! ¡Ingrid, querida! Quiero que sepas que si me domino lo hago por el nene y por tí, por nuestro hogar. ¡Dame fuerzas, Señor, dame fuerzas para resistir este pesado fardo que es la vida y dame, también, la paciencia y santidad de Job!

FEPE: Y el vino ese, es sabroso. Oye, ¿dónde lo conseguiste, cuñado?

ENRIQUE (continúa su oración): Líbrame, Señor, de los malos pensamientos y arranca de mi mente toda idea de crimen. Todo hombre es mi hermano, Señor, y así debo comprenderlo. Aprendamos a perdonar a nuestros deudos, Amén. (RESPIRA PROFUNDA Y RESIGNADAMENTE) Amén. (ABRE SUS OJOS, SE ACERCA A PEPE Y LE HABLA) Pepe, cuñado querido, sería muy conveniente que fueras a tu cuarto y te dieras un buen baño caliente, ¿no te parece?

FEPE: (dejándose llevar hasta la puerta): ¡Tienes razón! (Sale, pero vuelve a regresar enseguida) Oye, cuñado, el vino ese tiene un sabor magnífico... ¡magnífico! (LO MIRA Y LE SONRIE CASI EN LA CARA, PICARAMENTE) Te tomabas tus palitos aquí escondido, no? Sin que nadie lo sepa, ¿eh? ¡Te descubrí, cuñado, te descubrí! (LLEGA HASTA LA PUERTA Y ANTES DE SALIR SE VUELVE A ENRIQUE, LE SONRIE, CONTEMPLA EL ATICO Y DICE MIENTRAS SALE) Es un ático maravilloso. ¡Maravilloso! ¡Paz, dulce paz!

ENRIQUE: (cierra sus ojos y continúa sus oraciones): No. No voy a divorciarme. Nada me hará divorciarme. ¡Mi fe religiosa, mis convicciones cristianas, mi juramento en el matrimonio me dicen que tengo que soportarlo todo, todo, compartir la riqueza y la pobreza, la salud y la enfer-

medad, la felicidad... ¡y las desgracias! ¡Todo! ¡Todo debe ser soportado con paciencia y conformidad! (SE ESCUCHA MUSICA DE ROCK AND ROLL OTRA VEZ) ¡Ayúdame, Señor, a resistir todas las ocasiones de pecado, y a vencer en esta lucha que sostengo! ¡Yo soy un hombre! ¡Mis convicciones morales deben encauzar mi voluntad y mis decisiones! ¡Nada debe desviarme! (HACIENDO UN SUPREMO ESFUERZO, TOMA CONTROL DE SU VOLUNTAD, SE ENCAMINA A SU ESCRITORIO, TOMA SUS PAPELES Y LEE MIENTRAS SE ESCUCHA LA MUSICA) "Repito, y peca de repeticiones, por lo cual pido excusas al distinguido auditorio, que considero un inmerecido honor... (LA MUSICA HA BAJADO, PERO, EN CAMBIO, PEPE VUELVE A ENTRAR CON MIGUELITO, EN PIJAMAS, MONTADO EN SUS ESPALDAS, ENRIQUE LOS CONTEMPLA DOMINANDOSE MIENTRAS BAJA SU VOZ Y CASI MURMURA)... haber sido elegido Presidente de la Sociedad Pro Bienestar y Armonía de la Familia..."

PEPE: Cuñado... mira las cosas que hace tu hijo. (BAJA A MIGUELITO DE SUS ESPALDAS Y LE DICE, MIENTRAS CORRE ALREDEDOR DEL SOFA) Vamos, ¿dónde está tu tío? Ven, corre tras de mí. A que no me alcanzas.

(MIGUELITO CORRE TRAS EL UN MOMENTO, MIENTRAS ENRIQUE SE DOMINA, EN SU ESCRITORIO, CON LOS OJOS CERRADOS, MOVIENDO SUS LABIOS SOLAMENTE, EN UNA ORACION, MIGUELITO AHORA CORRE HACIA ENRIQUE Y LO TOCA, SORPRENDIDO DE SU ACTITUD).

MIGUELITO: ¡Papá!

FEPE: Vamos, ven. ¡Sigue! Te das por vencido, eh? Vamos, ven.

MIGUELITO: ¡Papá! (BOSTEZA) ¡Papá!

ENRIQUE: (abre lentamente sus ojos y mira a su hijo, pasa las manos por su pelo y le toca la cabeza con un gesto de comprensión, luego le habla). Pero, ¿no estabas durmiendo?

MIGUELITO: ¡Como un lirón! Pero tío Pepe fue a mi cama y me despertó.

ENRIQUE: Tu madre se va a enojar cuando te encuentre levantado.

MIGUELITO: Se enojará con tío Pepe, que fue quien me despertó.

PEPE: Ah, vamos, los niños deben jugar... ¡a todas horas! ¡A todas horas!! Infancia solamente hay una y hay que aprovecharla. Ven, Miguelito, vamos a jugar a las escondidas.

MIGUELITO: (se acerca a Pepe, lo mira y le dice altivamente): ¡Tío Pepe, mamá se va a enojar contigo!

PEPE: (como un muchacho malcriado): ¿Y qué importa? (SALE CORRIENDO POR EL ATICO) Ah, ¡escóndete! ¡Escóndete! (MIGUELITO SALE CORRIENDO POR LA ESCENA, VA AL FONDO DEL ATICO Y LUEGO SE ENCONDE DETRAS DE CUALQUIER MUEBLE. MIENTRAS PEPE HACE CREER QUE SE TAPA LA CARA CON LAS MANOS)

MIGUELITO (vocal): ¡Ya!

PEPE: (quitando las manos de su cara, busca por la escena): ¿Dónde está? ¿Dónde está? (ACERCANDOSE A ENRIQUE) ¿Dónde está?

ENRIQUE: (estallando, enérgico, al ver el rostro de su cuñado junto al de él): ¡Pepe! (PEPE TRATA DE MOVERSE HACIA EL FONDO DEL ATICO, PERO ENRIQUE LO TOMA POR EL CUELLO) ¡Pepe! (ENRIQUE LO MIRA A LOS OJOS, AMENAZANTE, CON TAL FURIA QUE PEPE SE ESTREMECE) ¡Ve a tu cuarto y date un baño! (PEPE, SIN REPLICAR, ATEMORIZADO, MIRA A SU CUÑADO Y SE ALEJA EN SILENCIO)

ENRIQUE: ¡No puedo más! ¡No aguanto más! (SE ACERCA AL TELEFONO, LLAMA Y AL RECIBIR RESPUESTA HABLA) ¿Mamá? Oh, mamá, es Enrique. ¡No, no, no! Todavía no es hora de tomarte las pastillas. Te he llamado para decirte, solamente, que soy muy desgraciado. Mamá... he resuelto... en este mismo momento... ¡diciéndome de Ingrid! (ESCUCHA PERPLEJO) ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Se ha desmayado! (CUELGA Y SE VUELVE AL SOFA AL CUAL MIRA, LUEGO DIRIGE SU MIRADA A LA PUERTA COMO SI INGRID ESTUVIERA PRESENTE Y LE HABLA IMAGINARIAMENTE, EN CARACTER, PREPARANDO UN DISCURSO) ¡Ingrid, siéntate, tenemos que hablar! (DIRIGE SU MIRADA COMO SI INGRID FUERA AL SOFA Y SE SENTARA) ¡Ingrid, llega un momento en el matrimonio, en que uno de los

nos comprende que no puede seguir adelante. Lucha contra todos los obstáculos, trata de resolver todos los problemas, evita todas las discusiones y examina su conciencia con una mente serena y objetiva. Después de todas esas experiencias, si en el fondo de su corazón considera que no hay solución para los problemas en su unión matrimonial, entonces se impone, inevitablemente, el divorcio. ¡Ingrid! Ese momento ha llegado para mí! ¡Te pido... el divorcio! ¡No, no, no, no me llores, que esta vez, Ingrid, no vas a conmoverte! ¡No llores, Ingrid! ¿Crees que no estoy advertido, de que llorar es un truco tuyo para debilitar mis fuerzas ya que sabes que soy impotente frente a tus lágrimas? ¡No llores, no!, que lo he meditado y resuelto. ¡Ingrid... te exijo el divorcio... por incompatibilidad de caracteres con tu hermano!

INGRID IRRUMPE EN LA ESCENA, TODA LLENA DE FELICIDAD Y ALEGRIA, CORRE AL CUELLO DE ENRIQUE Y LE ABEAZA. VIENE VESTIDA Y MAQUILLADA COMO ANTIGONA Y TRAE UN RAMO DE FLORES EN SUS BRAZOS)

INGRID: Oh, Enrique, ¡qué triunfo he obtenido! Mi Antígona de esta noche ha superado mis Antígonas anteriores. (ENTREGANDOLE EL RAMO DE FLORES QUE TRAE) Mira, para ti, parte del inmenso jardín que cubrió el escenario del teatro al caer el telón. Ah, querido, aun resuenan en mis oídos los interminables e ininterrumpidos aplausos del público. (LLEVA LAS MANOS A SUS OÍDOS) ¡He quedado completamente sorda! Tuve que salir 18 veces al proscenio a saludar al público que aplaudía de pie y arrojaba sus sombreros a mis plantas. Por cierto que uno de ellos me dio en la frente. (MOSTRANDOLE SU FRENTE) Mira, aquí. Pero, rápidamente, me repuse. Ah, creo que ni sentí el golpe de lo emocionada que estaba. Al final, ya cansado de aplaudir, el público se subió al escenario a rodearme y a elogiarme. ¡Por poco me asfixio, a no ser por el bueno de Juanito que me ayudó a escapar y venir a casa. (SE SIENTA EN EL SOFA) Ah, estoy extenuada. Querido, creo que esta vez me vas a perder.

ENRIQUE: (sin cambiar su actitud fría): Sí, creo que sí

INGRID: "Usted no puede abandonar la escena", me decía uno. "El público la quiere y la necesita", me decía otro. "La

escena la reclama; el mundo teatral está a sus plantas", comentó alguien, no sé. ¡Oh, querido! ¡Un productor de cine me propuso firmar contrato bajo las condiciones que yo quisiera. ¿Te das cuenta? Esta noche he subido un escalón más en mi larga escalera de éxitos. (SE LEVANTA, MUY SERIAMENTE, Y MIRA A SU MARIDO) Querido, siéntate, tenemos que hablar.

ENRIQUE: ¿Cómo? (SENTÁNDOSE MECANICAMENTE, ATURDIDO POR ESTAS PALABRAS) ¿Siéntate?

INGRID: Sí, ¡tenemos que hablar! ¡Hay un momento...

ENRIQUE: ¡No!

INGRID: ¡Pues, sí! Te amo, Enrique, pero también amo al teatro. Esta noche he sentido renacer en mí fibras que estaban dormidas. Mi cuerpo y mi voz se estremecían con cada palabra, sentía mi sangre hervir con cada momento que transcurría en la escena y, al enfrentarme, atada, a Creonte, de mis ojos salían rayos de furor y expresiones de altivez que hacían más rígido mi carácter: "Quien viva como yo, Creonte, en medio de tantas desgracias, como no lleva ganancia en la muerte? Así que para mí no es pena ninguna el alcanzar muerte violenta; pero lo sería si hubiese tolerado que quedara insepulto el cadáver de mi difunto hermano; ¡eso sí que lo hubiera sentido!" (ABRAZA SU CUERPO CON AMBAS MANOS COMO SI QUISIERA CONVENCERSE DE QUE NO HA SIDO UN SUEÑO) Ah, querido, cuántos momentos gloriosos he revivido esta noche. Mis actuaciones en Grecia, mi debut en París, los elogios incommensurables de Broadway. Ah, Enrique, mi vida es el teatro, tienes que comprenderlo! Te amo, Enrique, pero también sé... "que agrado a quienes principalmente debo agradar". ¡Vuelvo al teatro definitivamente! El público me reclama y tú no puedes ser tan egoísta.

ENRIQUE (impasible): Desde ahora mismo, puedes hacer lo que te venga en ganas.

INGRID: ¿De veras?

ENRIQUE: ¡Sí, Ingrid! Jamás me he opuesto a tu profesión, jamás te exigí dejarla y jamás impediré que regreses a ella. Soy partidario de que si una persona quiere hacer o dedicarse a algo, lo mejor es permitirselo, porque la opo-

sición sólo conlleva a afianzar mayormente el interés de aquella persona. Y, en lo que respecta a ti, especialmente, te felicito por tu éxito de esta noche y te deseo muchos éxitos más en el futuro.

INGRID: Es decir... que no te importa nada si regreso al teatro?

ENRIQUE: ¡Absolutamente! Puedes hacer lo que quieras.

INGRID: ¿No te importa que me deje abrazar por otros hombres y que otros hombres me hagan el amor?

ENRIQUE: Es un trabajo como otro cualquiera. Es la profesión que te gusta.

INGRID: ¿Y no te importa que no atienda debidamente a nuestra casa y a nuestro hijo? ¿No te importa que me marche al ensayo todos los días y no te vea por las noches y no cuide de ti?

ENRIQUE: No me importa, si eso te hace feliz, si eso constituye el deseo de tu público, que es a quien... "principalmente debes agradar".

INGRID: Entonces... ¿es que no me quieres!

ENRIQUE: ¡Vaya! ¿Llamas desamor a permitirte hacer lo que te gusta, a complacerte en todo?

INGRID: ¡Sí, sí, es que no me quieres! Por eso te importa poco que vuelva al teatro. Esperaba que reaccionaras de otra manera, que te opusieras a mi carrera, que te impusieras. Pero vengo y te digo que vuelvo al teatro y me dices que sí sin pestañear, sabiendo bien como hablan las gentes de las actrices, sabiendo bien como se las juzga y se las calumnia. ¡No te importa lo que la gente diga de mí, no me amas! ¡Y yo, tonta, que sacrifiqué mi carrera a fin de formar un hogar corriente, normal, dedicada a mi marido y a mis hijos!

ENRIQUE: ¡Válgame Dios! ¿Quién comprende a las mujeres?

INGRID: Diez años alejada de la escena, diez años sin ver figurar mi nombre en las marquesinas, diez años en que permanecí oculta, alejada de toda actividad artística, ocultando mi nombre tras el apellido tuyo, para que no me descubrieran los más renombrados empresarios teatrales, diez años consagrada por entero al anonimato, la fin de asegurar y preservar a mi hogar! y descubro ahora que no

ha valido la pena: el sacrificio ya que no he ganado la gratitud de mi marido.

ENRIQUE: Otra vez citas de teatro: ¡Espigas Maduras!

INGRID: ¿Cómo?

ENRIQUE: No, nada. (TRATANDO DE SER COMPRENSIVO) Ingrid, siempre he elogiado tu desprendimiento y tu sacrificio. He admirado la valentía con que has afrontado el anonimato y la sinceridad con que te has dedicado al hogar, tal como si fueras una mujer, una madre de cada día y no una de las más grandes estrellas. ¿Por qué ahora me haces este reclamo? ¿De qué me acusas?

INGRID: ¿No has sido feliz durante estos diez años?

ENRIQUE: Hasta hace tres meses sí.

INGRID: Dejemos a un lado la circunstancia especialísima de mi hermano. Me refiero a nuestro matrimonio. ¿No hemos sido felices? ¿No valló la pena sacrificar mi carrera por el bien de los dos y de nuestro hijo?

ENRIQUE: Pues, sí. Formamos un hogar modelo.

INGRID: Entonces, ¿por qué, ahora, que ves a nuestro hogar peligrando con mi regreso al teatro, no lo defiendes? ¿Por qué no preservas a nuestro hogar de la ruina a que lo llevaría yo si me dedico al teatro nuevamente? ¿Es que no amas a tu mujer y a tu hijo?

ENRIQUE: Sí que los amo, Ingrid, pero no sólo tengo que luchar contra tu carrera para conservar nuestro hogar. ¡Nuestro hogar! ¿Te das cuenta? Significa el calor de los seres queridos, el amor, la unión, la comprensión. Toda mi vida la he dedicado a disipar cualquier nube de tormenta que se avecine, a impedir que nos amenace la más ligera brisa de borrasca, a luchar contra todas las incompatibilidades a fin de conseguir una completa felicidad. Por eso no me opongo a tus gustos y trato de compartir los míos contigo. Pero nuestro hogar está amenazado por distintos frentes y yo soy un hombre sólo... que ya está cansado.

INGRID: (emocionada, con lágrimas en los ojos, va hacia él y se arroja a sus brazos): ¡Querido...!

ENRIQUE: (abrazándola fuertemente): ¡Ingrid!

(PEPE, TODAVIA TRAGUEADO, ENTRA A ESCENA Y SE DIRIGE A SU HERMANA. AL HABLAR, INGRID Y ENRIQUE SE SEPARAN VIOLENTAMENTE)

PEPE: ME alegro de encontrarlos juntos, hermanita. ¡Esperaba tu regreso! Tu marido me ha tratado como a un cerdo! Abrió su boca y me ordenó darme un baño como si yo fuera un chiquillo.

INGRID: ¡Enrique! Fuiste capaz de gritarle a Pepe... después de haberme prometido...?

ENRIQUE (estallando nuevamente): ¿Vas a mimarlo ahora? ¿A ese borracho?

INGRID: No le llames así. Pepe no es un borracho. Es un muchacho joven que se divierte y a quien hay que perdonarle que, de vez en cuando, se le pasen las copas.

ENRIQUE: ¡Vaya! Pues quiero decirte... que ya estoy harto de tu hermano. Mira. Mira la camisa que lleva puesta. ¿No fue, acaso, la que me regalaste esta mañana?

INGRID: (Sorprendida) ¡Pepe! ¿Cómo te has puesto la camisa de Enrique?

PEPE (Arrojándose en sus brazos): Ah, hermanita, hoy se me han pasado las copas, pero es algo delicioso.

ENRIQUE: Lo encontré aquí, en mi ático, durmiendo la mona con unos ronquidos que despertaban a los muertos. Escucha, querida, siempre he oído decir que en el estómago de nosotros tenemos seis monos y sólo cinco sillas y que debemos ingerir alcohol sólo mientras no le sea posible a los monos descubrir que falta una silla. Pues bien, tu hermano bebió por tres monos más sin tener sillas suficientes. ¿Y sabes cómo lo consiguió? Bebiéndose el vino envejecido que compré para el señor Gutiérrez.

INGRID: ¿Cómo pudiste hacer eso, Pepe?

ENRIQUE: Registrando, indebidamente, el ático. Pero me pregunto, ¿cómo pudo encontrar las botellas?

INGRID: Tienes que perdonarlo, Enrique, son cosa de la juventud.

ENRIQUE: ¿Todavía pretendes defenderlo? ¿A pesar de cuanto te he dicho?

INGRID: "A mí hermano y no al tuyo, si tú no quieres, pues nunca dices de mí que lo he abandonado".

ENRIQUE: ¡Pues eñga entre él o yo!

INGRID: ¡Enrique! Ningún derecho tienes a privarme de los míos".

ENRIQUE: ¡Basta de Antígona ya!

PEPE: ¡Vamos, vamos, ¿qué ocurre, cuñado?

ENRIQUE (tomándolo por los hombros y haciéndolo arrodillarse en el suelo, al mismo tiempo que le pega un puñetazo) ¡Y basta de tí, también! (INGRID GRITA Y CORRE ALARMADA HACIA SU HERMANO, MIENTRAS ENRIQUE SE DIRIGE A LA PUERTA) Creo que debí haber hecho esto hace tres meses, quizás todo hubiera sido distinto en esta casa. La culpa la tengo yo mismo por no haberme decidido a tiempo. (A INGRID, CON MORDACIDAD) Vamos, Antígona, llora junto al cadáver de tu hermano, que yo arreglaré mis maletas y me marcharé de casa.

(ENRIQUE SALE E INGRID, LLOROSA, SENTADA EN EL SUELO, ABRIZA A SU HERMANO CON GRAN PATETISMO)

INGRID: ¡Pobre hermano mío! (LO BESA EN EL ROSTRO REPETIDAS VECES) ¡Pepe! ¡Pepe! ¡Vuelve en tí! (DESCUBRE LA BOTELLA, SE LEVANTA, LA TOMA, SE SIENTA EN EL SUELO NUEVAMENTE, LEVANTA EL ROSTRO DE SU HERMANO Y LE LLEVA LA BOTELLA A LOS LABIOS) ¡Oh, Dios mío! No importa lo que diga mi marido, cuidaré de tí, hermanito querido, aunque Enrique se oponga y te odie. Después de todo... "No he nacido para compartir odio, sino amor!"

PEPE (volviendo en sí, después de probar el vino): ¡Ingrid! ¡Ingrid! ¿Qué ha ocurrido?

INGRID (alarmada): ¿Has perdido la memoria?

PEPE: No, Ingrid, pero me siento un poco mareado.

INGRID: Es efecto del alcohol. Vamos, ponte de pie y ven aquí al sofá. Oh, mi pobre hermano, víctima de la injusticia de los hombres. ¿Qué puede exigirme mi marido que no sea ofender a los dioses?

PEPE (yendo al sofá): ¿Es eso de Antígona?

INGRID (protastando): ¡No! Vamos, siéntate, voy a poner algo en tus ojos para que no se hinchen. (MIRA HACIA LA PUERTA) ¡Canalla! Pegarle a esta pobre criatura. (DEJA CAER UN POCO DE VINO EN SU PAÑUELO Y LO PASA POR LOS OJOS DE PEPE) Vamos, un poco así, y no pasará nada.

PEPE: Pero, ¿qué ocurrió, Ingrid? Estábamos hablando todos aquí, y de pronto, me sentí, como Gagarin en medio de las estrellas.

INGRID (mirando los ojos amoratados de su hermano): Oh, mira como te ha puesto mi marido!

PEPE: ¿Qué tengo? ¿Tú marido? ¿Qué quieres decir... con tu marido?

(ENRIQUE VUELVE A ESCENA, AGITADO, NERVIOSO).

ENRIQUE: Ingrid, el niño no está en su cama y no aparece por ninguna parte.

INGRID: ¿Estás seguro de lo que dices? ¿Lo has buscado bien?

ENRIQUE: Sí, Me encontraba preparando mis maletas cuando una pequeña duda se apoderó de mí... No sabía si hacía bien o mal marchándome de casa. Me senté en mi cama, lo medité, pensé en tí y en el niño, y confieso... confieso que me eché a llorar. Después de todo, el niño no tiene por qué sufrir por nuestra causa. Fui en su busca... y no lo encontré. Le busqué en el baño, en toda la casa. Ingrid, ¡el niño ha desaparecido!

INGRID: Oh, Dios mío. ¿Dónde estará mi hijo? Miguelito ha sido raptado!

ENRIQUE: (Mirando a Pepe, recriminándolo). ¡No! ¡Estoy seguro de que no ha sido raptado!

INGRID: ¿Comprendes ahora el porqué no debo volver al teatro? Una primera noche y ya se pierde mi hijo. Debí quedarme en casa y cuidarlo. ¡Oh, mi Dios, ¡tantas alegrías hace apenas una hora y cuántas lágrimas y sufrimientos desde entonces! Mi hogar deshecho y mi hijo perdido.

ENRIQUE: ¿Y aún así, después de tantos trágicos acontecimientos, sigues con tu hermano en los brazos?

INGRID: (abrazando a su hermano contra su pecho, mientras Pepe insiste por levantarse): ¿Qué culpa tiene él?

ENRIQUE: ¡Toda la culpa es de él! ¡Nuestra separación...!

INGRID: ¿Nuestra separación?

(Pepe se levanta, toma una rosa y comienza a deshojarla, indiferente a todo).

ENRIQUE: Ah, pero ¿crees que voy a seguir conviviendo con tu hermano en esta casa? ¡La separación se impone!

INGRID: No puedes, no tienes derecho a prohibir que ame a mi hermano.

ENRIQUE: Pero si tengo derecho a defender la seguridad de mi hijo. Este borracho le está enseñando sus vicios y ocios al niño y le está dando ejemplos detestables! ¡Emborracharse en mi casa, delante de mi hijo!

INGRID: El lo cuida y lo mimó. No le hace ningún daño.

ENRIQUE: Ingrid, el cielo es testigo de lo que voy a decirte. ¡Tu hermano es el culpable de lo que ha ocurrido a nuestro hijo!

INGRID: (poniéndose de pie, frenética, teatral): ¡No arrojes sobre sus hombros tan injusta acusación!

ENRIQUE: (enfrentándola): ¡Estoy convencido! (YENDO HASTA PEPE QUE SE HA LEVANTADO, RECRIMINÁNDOLE MORDIENDO SUS PALABRAS) ¡Tú dejaste la puerta abierta y el niño se marchó por ella!

PEPE: ¡Eso es mentira!

INGRID: (Abrazando a su hermano, a la defensiva): ¿Lo ves? Has calumniado a mi hermano. Eres injusto.

ENRIQUE: Justicia es un término muy amplio, examinémoslo a conciencia y veremos cuán injustos somos todos. ¡Basta de discusión!

INGRID: ¡Sí, basta! En vez de perder el tiempo con acusaciones, debías llamar a la policía.

ENRIQUE: ¡Hacerlo yo, no? Si hubieras sido una buena madre, hace rato que hubieras corrido a ese teléfono y habrías llamado a la policía.

INGRID: (volviéndose al teléfono y corriendo hacia él) ¡Ahora lo hago!

ENRIQUE: (Deteniéndola antes de que llegue al teléfono) ¡No, no! Yo soy un buen padre y voy más allá que tú. Yo personalmente, voy a buscar a mi hijo hasta el fin del mundo.

INGRID: (yendo ahora hacia él, angustiada) ¡Yo voy contigo!

PEPE: ¡Yo también!

ENRIQUE: (deteniendo a Pepe) ¡Tú te quedas! Lo más que puedes hacer es... caerte en la calle. (A INGRID) Tú eres la madre, si quieres... sígueme.

INGRID: (saliendo tras él): Ah, mi Dios, ¿dónde estará mi Miguelito querido?

PEPE: (al quedar solo en escena) Nadie me comprende. (SE PASEA LASTIMOSAMENTE) ¿Por qué nadie me comprende? (TOMA LA BOTELLA DE VINO Y LA CONTEMPLA) ¡Es vino sabroso... indiscutiblemente! (SEEE A PICO DE BOTELLA Y RIE) ¡Sabroso! (VUELVE LA BOTELLA Y DEJA QUE EL LIQUIDO SALGA HASTA VACIAR LA BOTELLA, LUEGO SE MUEVE ALREDEDOR DEL ATICO Y LO CONTEMPLA CON LA MIRADA PERDIDA) ¡Mamá! ¡Papá! (SE ACERCA A LA PUERTA Y LLAMA) ¡Ingrid! ¡Ingrid! (GUARDA SILENCIO Y MIRA TODO COMO SI LE FUERA DESCONOCIDO Y LE ASUSTARA) ¡Qué soledad tan inmensa... hay en el ático! ¡Qué silencio... tan aplastante! (VOCEA) ¡Ey! ¡Ey! (SE QUEDA ATENTO COMO SI QUISIERA ESCUCHAR UN ECO DE SU VOZ, LUEGO VUELVE A VOCEAR) ¿Dónde están todos? ¿Por qué me han dejado solo? Nadie... Nadie me comprende... (EL TIMBRE DEL TELEFONO SUENA Y PEPE SE VUELVE A EL Y LO MIRA FIJAMENTE, EL TIMBRE VUELVE A SONAR Y PEPE, TAMBALEÁNDOSE, VA HACIA EL, LO LEVANTA Y CONTESTA) ¿Hola? Sí, soy yo. (SONRIE AMPLIAMENTE) ¡Yolanda! Oh, Yolanda! ¡Yolanda! ¡Te amo, Yolanda! ¡Cuánta falta me has hecho! No he vivido un solo minuto sin que tu recuerdo venga a mí...! (ESCUCHA Y SE ECHA A LLORAR) ¡Sí, sí, Yolanda! ¡Sí! Entonces, ¿me perdonas? ¿Me perdonas, Yolanda? ¡Sí, sí! ¡Sí, Yolanda! ¡Lo que tú digas, Yolanda! (DEJA CAER EL TELEFONO Y SE ECHA A LLORAR NUEVAMENTE) ¡Tú eres la única que me comprendes... Yolanda!

(ENRIQUE ENTRA RAPIDAMENTE, SEGUIDO DE INGRID)

ENRIQUE: Sí, se me ocurrió en un segundo, Ingrid.

INGRID: Pero ¿crees realmente que el niño pueda estar aquí?

ENRIQUE: Te digo que sí. ¿Recuerdas que nos dijo que todas las tardes subía a dormir la siesta? Pues a lo mejor ha vuelto a quedarse dormido. Y ahora que recuerdo... Sí, claro que tiene que estar aquí. La última vez que lo vi fue aquí, jugando al escondido con Pepe. El corrió a esconderse y... ¡no lo volví a ver!

INGRID: Ah, Dios lo quiera. Vamos a buscarle, querido. Tú por allí, yo por aquí.

ENRIQUE: Cuidado con mover esos trastos, porque pueden caerle encima al nene.

(SIN TOMAR EN CUENTA LA PRESENCIA DE PEPE, QUE TODAVIA LLORA, ENRIQUE E INGRID BUSCAN AL NIÑO ENTRE LOS CACHIBACHES. EN SU BUSQUEDA, INGRID NOTA LA PRESENCIA DE PEPE Y VA HACIA EL)

INGRID: Pepe, ¿qué te ocurre? ¿Por qué lloras, Pepe? Ah, pobrecito, Enrique te ha hecho llorar. Perdónalo, Pepe, y olvida ese incidente como estás tratando de olvidar todos tus problemas. Enrique es bueno. Perdónalo, Pepe, y olvida. ¡Ah, mi desgraciado hermanito!

ENRIQUE: (señalando a un punto oculto del ático): ¡Ah, aquí está el niño!

INGRID: (corriendo junto a él): ¡Ah, qué alivio siento!

ENRIQUE: Duermes como un angelito, el pobrecito, ajeno a todo.

INGRID: (sentándose en el sofá): Ah, ahora puedo respirar. Tenía el aliento suspendido.

ENRIQUE: (sentándose junto a ella): Nosotros preocupados por él y él durmiendo tranquilamente. Pero, a Dios gracias, todo ha pasado. No hay que preocuparse.

(PEPE SE LEVANTA DEL ESCRITORIO DONDE HA ESTADO APOYADO Y CRUZA LA ESCENA EN SILENCIO. ENRIQUE LO OBSERVA SIN COMPRENDER E INGRID CONMOVIDA. PEPE SALE)

INGRID: ¡El pobrecito! ¡Estaba llorando! Por tu culpa, Enrique.

¿Ves como él no tenía la culpa de nada, y sin embargo, tú le acusaste de haber ocasionado la desaparición de nuestro hijo?

ENRIQUE: Reconozco que fui injusto.

INGRID: No hay perdón para tí, Enrique. Una calumnia no se perdona nunca. Encontré al pobre Pepe, ahí, llorando como un niño y ahora se marcha idiotizado, como un zángano. Enrique, tenemos que llevar a Pepe a un psiquiatra.

ENRIQUE: ¿A un psiquiatra?

INGRID: De seguro le has creado un complejo de culpabilidad. ¿No viste su rostro pálido, su aspecto desanimado, su mirada vaga y su andar inexistente? ¿Qué hay ahora en su alma, en su mente? "¿Tú dejaste la puerta abierta y el niño se marchó por ella!" Eso le dijiste y lo grabaste en su mente como una puñalada clavada en el corazón. Sólo un psiquiatra puede traerlo de nuevo a la realidad.

ENRIQUE: Una especie de resurrección. Es decir que ahora, Pepe está prácticamente muerto, ¿no?

INGRID: Sí, ya no es Pepe, hasta que un psiquiatra lo traiga de nuevo a la vida.

ENRIQUE: ¡Conforme! La tragedia de Antígona completa. Polínice ha muerto. Ahora, ve y "erige una tumba a tu queridísimo hermano".

INGRID: (levantándose airada): No te permito que te burles de mí.

ENRIQUE: ¿Quieres mayor burla que la que a mí has hecho, defendiendo las locuras de tu hermano, cuando bien sabes que yo soy quien tiene la razón, porque es mi casa la que él ha puesto en peligro? Yo he combatido a los míos contra las amenazas que hacen a nuestra felicidad, ¡combate pues a los tuyos! Si quieres que vivamos unidos, debemos combatir unidos a los que se opongan a nuestra dicha. (INGRID LO MIRA SORPRENDIDA, PERO MANTENIENDO SU ALTIVEZ. ENRIQUE TOMA DOMINIO SOBRE SI MISMO PARA HABLAR) ¡Ingrid...! (GARRASPEA NERVIOSO) ¡Siéntate... TENEMOS que hablar! (INGRID SE SIENTA OBEDIENTE, SIN REPLICAR. ENRIQUE SE PASEA Y SE VUELVE A ELLA) Llega un momento en el matrimonio... en el que uno de los esposos comprende que no puede seguir adelante.

Lucha... lucha... (TRATA DE RECORDAR EL DISCURSO QUE IMPROVISARA ANTES, PERO LE ES ÚTIL COORDINARLO NUEVAMENTE) ¡Lucha... contra todo! Y cuando... Y cuando... no hay solución para los problemas... que se le presentan... en su unión matrimonial... entonces se impone, inevitablemente... (SE CALLA Y SE AFLIGE COMO SI EL MISMO NO QUISIERA PRONUNCIAR LA PALABRA) ...¡el divorcio! (INGRID ABRE LOS OJOS DESORBITADAMENTE Y SE MUEVE EN EL SOFA NERVIOSA) ¡Ingrid! (GARRASPEA NUEVAMENTE) ¡Ese momento ha llegado para mí! ¡No puedo más! ¡En este momento... te pido el divorcio! (INGRID SE ECHA A LLORAR, ENRIQUE LA MIRA Y SE CONMUEVE PARA LUEGO DOMINARSE Y RECHAZAR SUS LAGRIMAS) ¡No, no! ¡No llores! (VUELVE A MIRARLA Y TRATA DE DOBLEGARSE PERO CONTROLA SUS EMOCIONES) ¡No llores, Ingrid! (LA MIRA NUEVAMENTE Y YA NO RESISTE VERLA LLORAR) ¡No llores, Ingrid, bien sabes que no te puedo ver llorar! (VA HACIA ELLA Y LE TOMA LAS MANOS) ¡No, no llores por favor!

INGRID: ¡El divorcio! ¡Pedirme el divorcio a mí, después de diez años de feliz matrimonio! ¡Después que abandoné a mis padres, a mi arte y todo por tí! ¡Qué regalo tan singular me ofreces en una de las noches más brillantes de mi vida! ¡Ah, mi Dios, que prueba tan difícil y terrible es la vida! ¡En el escenario, los aplausos, la crítica y el público rendidos a mis plantas; en el hogar, la incompreensión, la ingratitud y la humillación! ¡El divorcio! ¡Jamás pensé escuchar a tus labios pronunciar tal palabra!

ENRIQUE: Te juro que jamás la hubiera pronunciado... a no ser porque la presencia de tu hermano en esta casa me ha obligado a ello. Tú escogiste entre los dos y el que se siente realmente humillado soy yo.

INGRID: Yo no he escogido a nadie. Los amo a los dos, ¿no lo comprendes?

ENRIQUE: Muy bien. Calla. ¡No llores! (TRATANDO DE COMPORTARSE ENERGICAMENTE, PERO AFLIGIDO Y CON VOZ LLOROSA) ¡No vas a conmovirme! ¡Estoy resuelto! (CASI LLORANDO) ¡Lo he decidido y no voy a volver atrás!

(PEPE ENTRA AHORA BIEN VESTIDO, COMO SI FUERA DE VIAJE, PERO TODAVIA CON LA CAMISA ROJA PUESTA. ENRIQUE, DOMINANDO SU EMOCION, SE LEVANTA DE AL LADO DE INGRID Y SE MUEVE A UN LADO DE LA ESCENA PARA QUE PEPE NO DESCUBRA SUS LAGRIMAS)

PEPE: (yendo hacia Ingrid, todavía un poco tragueado): Hermanita... hermanita... Ingrid...

INGRID: (levantando su mirada, llena de lágrimas): Oh, Pepe! ¡Pepe!

PEPE: (sorprendido, se acerca a Enrique): ¿Qué le pasa a ésta, Enrique? (ENRIQUE SE VUELVE A EL Y LO MIRA TAMBIEN CON LOS OJOS HUMEDECIDOS) Oye, ¿qué te pasa a tí? (LOS MIRA A LOS DOS SIN COMPRENDER Y ABRE SUS BRAZOS, INTRIGADO, MUY INTRIGADO) Díganme... ¿qué les pasa a ustedes? ¿qué está pasando en esta casa?

ENRIQUE: (yendo hacia él): Pero, mi querido cuñado, ¿de veras no te has dado cuenta de lo que ha estado pasando en esta casa?

PEPE: (inocente, pero convencido): ¡No!

ENRIQUE: (yendo junto a Ingrid): ¿Y a esto llamas... un hermano? Yo diría que es un perrito faldero... o un jilguero... (MIRA A PEPE FIJAMENTE, COMO SI AHORA LO VIERA, POR VEZ PRIMERA, CON SU PROPIO ROPAJE)... ¡O un demonio!

PEPE: (ajeno a todo): ¿De qué hablas?

ENRIQUE: (yendo nuevamente a Ingrid): Sí, Ingrid, podría ser un demonio.

INGRID: (levantándose y mirando con recelos a su hermano): ¿Un demonio?

ENRIQUE: (aferrándose a su brazo y mirando a Pepe): ¡El diablo nos tienta bajo diversas formas! ¡Nuestra misión es resistirlo! ¡Combatirlo y resistirlo hasta vencerlo finalmente! Ah, Ingrid, ¡si pudiéramos vencer al demonio!

INGRID: ¿Vencer al demonio? ¿Cómo podríamos vencer al demonio?

ENRIQUE: ¡Con nuestro amor, Ingrid! ¡Oponiéndole nuestro

amor! ¡Enfrentando la fuerza de nuestro amor a todas sus tentaciones! ¡Abrazándonos, uniéndonos más, en vez de discutir y alejarnos! ¡Oh, Ingrid, recién ahora descubro que nosotros no somos culpables de nuestras riñas. Ha sido el demonio que ha sentido envidia de la felicidad de nuestro matrimonio y nos ha provocado. Ha querido tentarnos para destruirlo y no debemos permitirlo, Ingrid. ¡No debemos permitirlo! (LLENO DE ANSIEDAD) ¡Ayúdame, Ingrid. Ayudémonos! ¡Ayudémonos!

(INGRID, CONTAGIADA POR LA EMOCION Y ANSIEDAD DE ENRIQUE SE ABRAZA A SU CUELLO, MIENTRAS PEPE, QUE HA PERMANECIDO AJENO A TODO, ATURDIDO POR EL ALCOHOL, MOVIENDOSE DISCRETAMENTE EN UN PEQUEÑO PLANO DE LA ESCENA, COMO OYENDO LA DISCUSION A DISTANCIA O QUIZAS MEDITANDO ACERCA DE LO QUE ESTABA HACIENDO O PENSABA HACER, SE ENCAMINA A LA PUERTA)

PEPE: (hablando casi para sí): ¡Aquí no hay nada que hacer! ¡Me voy! ¡Me voy de aquí!

INGRID: (sorprendiendo su partida): ¡Ey! ¿Adónde vas?

PEPE: Vuelvo a casa. Con papá y mamá.

ENRIQUE: ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Te marchas de aquí... para siempre?

PEPE: Bueno. No para siempre. Estaré yendo y viniendo.

INGRID: Pero, ¿por qué así, tan de repente?

PEPE: (los mira y se recrea en una amplia sonrisa): Voy junto a Yolanda. ¡Yolanda me llamó! ¡Dice que me ama! ¿Y saben una cosa? También yo la amo a ella. Vamos a ser muy felices. ¡Muy felices! (SE DIRIGE A LA PUERTA PERO ANTES DE SALIR SE VUELVE A ELLOS) Adiós hermanita. Adiós, cuñado. ¡Muy felices! ¡Muy felices!

ENRIQUE: (sonriendo, ensimismado): ¡Se ha marchado! ¡Se llevó mi camisa roja, pero se ha marchado!

INGRID: (casi feliz): ¡Sí, se ha marchado!

ENRIQUE: Es como... como si el demonio abandonara nuestro cuerpo y nos dejara saborear a plenitud las delicias del espíritu. (SE MUEVE POR LA ESCENA, FELIZ, COMO

SI SINTIERA QUE EL SILENCIO ESTUVIERA PERFUMADO Y QUISIERA DELEITARSE EN EL PERFUME) ¡Oh, Ingrid! ¡qué quietud hay en el ático! ¡qué alivio y descanso en mi alma! (INGRID, COMPLACIDA, SE SIEN TA EN EL SOFA. EL VA HACIA ELLA) ¿Sabes cómo me siento? Como un general victorioso después de una ardua batalla... Un poco cansado... pero feliz.

INGRID: (dirigiendo su mirada a la puerta, intrigada): ¿Será cierto... que fue el demonio que quiso tentarnos?

ENRIQUE: No pensarás más en ello. (RIE) ¡Fuimos tontos en referir como unos recién casados! Pero, ahora, todo ha terminado. Escucha, la semana próxima tomaremos unas vacaciones y nos iremos a nuestra casita en la playa, en una segunda luna de miel.

INGRID: (sonriéndole, complacida, sincera): ¡Todo volverá a ser como antes, te lo juro! (TRATANDO DE HACERSE AGRADABLE) ¡Ha sido un día terrible para ambos! Vamos a descansar ahora. Mañana temprano trabajaremos en tu discurso, tú me dictarás y yo copiaré a la máquina... sin que nadie nos moleste. ¿Y sabes lo que voy a hacer? Pondré cerradura a la puerta del ático y la llave la tendremos nosotros dos. Este será, desde ahora, nuestro nido de amor. Tu error fue no ponerle candado desde el principio. Así nadie lo hubiera profanado nunca.

ENRIQUE: ¡Oh, Ingrid, mi vida! ¡Eres genial!

INGRID: ¡Ni cuñado, ni teatro! ¡Sólo tú, el nene... (RECORDANDO AL NIÑO SE LEVANTA) Oh, ¡el pobre nene!

ENRIQUE: Déjalo dormir. Entretanto, tú y yo, gozamos de este momento.

INGRID: (sonriéndole con picardía) Sí... como tú bien dices... ¡el demonio se ha marchado de casa!

(SUENA EL TIMBRE DEL TELEFONO)

ENRIQUE: (volviéndose al teléfono): Ah, esa es mamá. (TURBADO, LLEVA UNA MANO A SUS LABIOS) ¡Había olvidado que...!

INGRID: (levantándose, con toda calma, pícaro): No, no te preocupes, querido. Yo contesto. (LO MIRA CON UNA SIGNIFICATIVA SONRISA) "El demonio nos tienta bajo dis-

SEMINARIO MUL. DISCIPLINAR
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
REINATO DE RIO PIEDRAS